Seix Barral

Camila Fabbri

El día que apagaron la luz

Índice de contenido

Portadilla
1. Caballos sin corazón
2. Noches interminables
3. Reuniones en Fotolog
4. Noticias por Telecom
5. Yanina
6. Martina
7. Manuel
8. Julia
9. Joaquín y Nahuel
10. Nahuel
11. Joaquín
12. Joaquín II
13. Vera
14. Jorge
15. Aerosoles, cordones de zapatilla y chapitas de gaseosa
16. El día que apagaron la luz
17. Aullidos y strobo
18. Repite estribillo hasta el fin
19. Calcomanías

El día que apagaron la luz

Camila Fabbri
El día que apagaron la luz

Fabbri, Camila
El día que apagaron la luz / Camila Fabbri. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-8319-16-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2019, Camila Fabbri
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Ilustración de cubierta: Santiago Paredes

Todos los derechos reservados

© 2020, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta ®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: febrero de 2020
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-8319-16-2

No hay punk rock ni fiesta de egresados,
ni zapatos baratos de taco alto abandonados en la lluvia
en un estacionamiento,
ni botellas vacías de tinto de verano
porque nosotros éramos las botellas vacías,
ni tampoco arrojarlas contra la pared de detrás de la escuela,
porque nosotros éramos los vidrios
que se hacían pedazos.
No mirar más en dirección al oeste,
no hay este, norte, o sur
solo nosotros acá parados,
juntos,
preguntándonos los unos a los otros,
si recordamos algo,
qué era lo que amábamos,
qué lo que nos amaba,
quién fue el primero en gritar nuestros nombres.

Matthew Dickman

Para los chicos y las chicas de República Cromañón.
Va mi carta y dice así.

Empieza como un color que se apaga o se enciende. No estoy segura. Generalmente es algo así como un humo blanco que rodea a las personas mientras están conversando alrededor de mí. También puede ser un colchón negro y ese color es más preciso cuando envuelve. El blanco puede darme más susto porque lo relaciono con un ataque paroxístico o de epilepsia, aunque nunca haya tenido ni uno ni otro. Todos los días pienso que ese día puede ser la primera vez. Inmediatamente después de percibir el color, empieza el temblor en las manos y en las piernas. El cosquilleo es un hecho. Hormigas invisibles y de línea recta van marcando el camino sobre los pelitos del brazo. Hay una electricidad muy ineficaz dándome vueltas. Esta energía no hace que las cosas funcionen, no soy una lámpara que se enciende sino más bien algo que se mete para adentro como un globo desinflado. Voy perdiendo masa corporal, voy dejando que el espacio exterior me gane. La última vez fue en un colectivo de línea con cartel rojo, iba hacia el trabajo. Empecé a pensar en los puntos de apoyo. Si ahora me bajara, ¿adónde iría?, ¿con quién hablaría?, ¿cuál sería la primera línea de diálogo?, ¿quién me pediría un taxi antes de que empiece el primer desmayo? En caso de que viniera el black out, ¿quién me pondría las manos en la nariz mientras yo esté conversando con algún fantasma del cosmos de acá? Entonces pienso tanto, pero tanto me pongo a pensar, que tengo un poder: atomizaré todo lo que esté alrededor. Asientos recubiertos de cuerina, mujeres y hombres semidormidos esperando llegar, un chofer tarareando estrofas de FM, edificios altos y costosos, balcones pelados y balcones repletos de macetas con niños espías metidos adentro o mojándose en palanganas, madres y padres cuidando que esos hijos no caigan redondos u oblicuos por entre los fierros de esos balcones, puertas de hipermercados con hileras de changuitos vacíos, compradores compulsivos y de los otros, los que economizan y van tres veces por día al mismo local porque creen que así están gastando menos, incluso hago desaparecer el sonido de las bocinas de aquellos autos metalizados que van por el carril contrario también con niños sentados derechos en los asientos de atrás, con sus mochilas colgadas esperando el horario exacto para entrar en las escuelas públicas o privadas que les hayan tocado en suerte. Aun en ese silencio que logro concentrar en mi cabeza, puedo todavía poner foco en las miniaturas que caminan o viajan, hago zoom en el futuro. Siento una honda pertenencia con ese momento de sus vidas porque puedo verme ahí, todavía ahí, siendo llevada de la mano o en andas hacia el porvenir sin decir ni mú. Dejando que los adultos hagan porque saben lo que

hacen. Trato de respirar hondo pero es inútil, ya estoy hiperventilando. Empaño el vidrio que me permite ver, la ventana sociable de este colectivo de línea con cartel rojo. ¿Será entonces que tendré que bajarme y hacer todo el circo del desmayo en plena calle, en este barrio de provincia que apenas conozco? ¿Será que otra vez tendré que decirle a una desconocida que no soy un maleficio sino una persona que se siente mal por exceso de miedo? ¿Tendré que contarle que la sensación es de precipicio aunque jamás me haya subido tan alto como para generar esa metáfora y que confíen en mí?

Hace más de cinco años que al salir de mi casa tengo la sensación de que soy un punto perdido en el medio de la nada; entonces tengo que hacer un esfuerzo demencial para reconstituirme con imágenes que me devuelvan un presente ideal, o al menos, despreocupado. Acá estoy yo otra vez, hola, flameando como una bandera de colegio descuidado. Aquí yo, la que a los quince años arrancó de raíz el relajo y la diversión a cambio de tener la certeza de que no me pase nada malo. La quietud supone menos peligros excepto que haya un terremoto o un sismo. Cierro los puños para controlar la fuerza que tengo, verifico si me queda tiempo antes de que el corazón me haga desaparecer. Aquí estoy yo, si, yo, creyéndome en el medio de un desierto de arena gris que en realidad es una ciudad repleta de gente ansiosa y parlante. Blanca como un fantasma blanco en el cuarto asiento de los que viajan individuales. Tan limpia esta línea de colectivo, tan prudente el chofer en las frenadas, igual que un jingle el sol de la mañana en los jardines delanteros de las casas de zona norte. Justo en los asientos que viajan al revés, otra vez pongo la atención en los futuros. Por suerte siempre habrá esto que miro: una madre con cartera leyéndole a su hijo de menos de siete el Atlas del Universo.

Disculpen las llamadas nocturnas, el miedo perpetuo, es que a los doce, trece, catorce años fuimos una generación que empezó a dejar de crecer.

Dejo la vista quieta en las zapatillas de una chica que viaja parada y la respiración reaparece. Me seco las manos con el suéter de lana. Abro apenas la ventanilla y dejo que el viento haga lo que suele hacer. Mientras yo estaba en otra parte, el colectivo se vació. Estoy llegando tarde al trabajo y agilizo la caminata. Un grupo de turistas le saca fotos a un árbol de naranjas que está en pie desde la época de la Revolución.

No tendrá más de cuarenta años. Lleva una carretilla con cajas. Será repositor de algún comercio. Traerá productos con vencimiento impreso en el paquete. Es temprano en la mañana y se nota que se despertó hace poco. Está despeinado y yo también. El sol es caricatura en este momento del día. Es diciembre del 2018 y se cumplen catorce

años de Cromañón. A partir de las cinco de la tarde habrá una misa reunión en el Obelisco, epicentro de la Ciudad de Buenos Aires. Irán los que quieran cantar, llorar, o abrazarse. Tantos otros no irán o se reunirán en sus casas, prenderán velas, volverán a encontrarse con viejos amigos. Y también están los que con el pecho cerrado no pronunciarán palabra. El chico me mira fijo y yo a él. Lleva puesta una remera de Callejeros. Se da cuenta de que me quedo mirando esa consigna. Cuando estoy a punto de cruzar la calle giro hacia atrás. Veo que se me queda mirando. No lo conozco. Alzo la mano y lo saludo. Él hace lo mismo.

1

CABALLOS SIN CORAZÓN

Una sala blanca con luces de tubo que parpadean porque se les adhieren bichos atontados. Es un viernes cerca de las once de la noche. Hay guardapolvos blancos y verdes, en algún que otro momento se ve la ráfaga de un ambo azul. No son solo especialistas de guardia, hay muchos más. Llegaron de barrios alejados porque debían estar acá. Algunos ya se estaban quedando dormidos y recibieron llamadas de urgencia que los sacaron de sus camas.

Ahí afuera, en el patio descubierto, un perro lobo aúlla como si se le fuera a salir la garganta. Se puede oír su lamento recostado al lado de un plato de arroz frío que alguien le dejó. Es un perro de nadie. El patio cubierto y el descubierto del hospital Ramos Mejía está plagado de gente que probablemente no esté respirando. Muchos llevan remeras con inscripciones de bandas de rocanrol. Algunas estampas son frases en relación al amor y a la supervivencia: «Inoxidable pasión, Luchando sin atajos los invisibles, Vivir solo cuesta vida, Todo pasa». Las remeras están mojadas y recubiertas de una pasta negra parecida a pomada para lustrar zapatos. Huelen a plástico, a polietileno, o a ferretería.

Los estetoscopios ondulan en el cuello de los especialistas como si hubiera viento pero no, se agitan como collares de extremo kilate mientras quienes los llevan corren de una punta a la otra entre el agite y la transpiración. Los camilleros descargan jóvenes que parecen embarrados, así como luciría un velocista que corrió su primera carrera y se deshidrató. Los cuerpos jóvenes no deberían inundar los hospitales, pero eso es lo que pasa esta noche de treinta y cinco grados de calor.

Médicas ponen máscaras de oxígeno y cánulas nasales sobre los rostros de unos quinceañeros, enfermeros toman pulsos en cuellos y mentones. Que todo parezca lo mismo, una y otra vez: un campo de batalla de caballos jovencitos que corrieron poco, recostados en el pasto a la luz de una luna pobre, de ciudad.

Si uno detiene el oído un instante, si uno logra despejar el sonido de las ambulancias, del perro lobo, del diálogo de los especialistas, de los canales de televisión; si uno realmente logra ese nivel de desprendimiento sonoro, se encuentra con que suenan varios teléfonos celulares. Primero uno, después otro, sin interrupción. Algunos *ringtones* se parecen entre sí, o quizás sea el mismo, los modelos de

estos celulares no varían mucho sus funciones. Los Nokia 1600, los 1100 o los Motorola C200 están en sus bolsillos.

Nadie atiende esas llamadas.

En otro plano, esta misma noche, un cúmulo de familiares disca un código numérico una y otra vez para saber si su hijo, hija, amigo, amiga, está bien. De vez en cuando algún enfermero o camillero logra captar una llamada pero es inútil. No hay nada que decir. El cuerpo médico no puede nombrar. El sonido de los teléfonos en aumento es una especie de orquesta, una banda musical, un grupo de rock.

2

NOCHES INTERMINABLES

El jueves 30 de diciembre del 2004, una banda de rocanrol de Villa Celina —localidad del Partido de La Matanza en la provincia de Buenos Aires— tocaría en el boliche República Cromañón. Presentaría su tercer y último disco, *Rocanroles sin destino*, compuesto de catorce canciones; entre ellas «Distinto», la canción de apertura del disco y del show. La canción empezaba así: «A consumirme, a incendiarme, a reír sin preocuparme, hoy vine hasta acá».

La banda se llamaba Callejeros.

La cronología de los hechos según el diario *Crónica*:

«A las 21 h se abrió paso al público a República Cromañón, donde miles de personas pagaron diez pesos para presenciar el recital de Callejeros. El público fue palpado y cacheado en el acceso para evitar que pudieran ingresar artículos de pirotecnia ya que en un episodio registrado una semana antes se había producido un principio de incendio que obligó a la evacuación del lugar sin que se produjeran heridos.

»A las 22.40 la banda comenzó con el recital. Minutos antes se había retirado Omar Chabán, dueño del local. Previo a la salida de los músicos, un productor del boliche pidió por altavoces a los espectadores que no encendieran bengalas y advirtió que no querían una masacre como la del Shopping de Paraguay —más conocida como la tragedia de Ycuá Bolaños, un incendio que ocasionó más de cuatrocientas treinta víctimas fatales— unos meses atrás. Patricio Fontanet, el líder de la banda, pidió lo mismo y preguntó: ¿Se van a portar bien?

»Durante el primer tema, en el público se encendieron bengalas y foguetas de tres tiros que golpearon en una lona muy fina e inflamable. Las lonas encendidas empezaron a caer del techo sobre la gente que, desesperada, se acercaba en avalanchas hacia la puerta. Los bomberos llegaron instantes después y abrieron la puerta de emergencia que estaba cerrada con candados o cadenas. Decenas de cadáveres fueron acumulados en un playón de estacionamiento vecino, donde algunos familiares pudieron acceder para reconocerlos (...)».

La propuesta de Callejeros era tocar en orden los tres discos que habían visto la luz, desde la primera hasta la última canción. El martes 28 de diciembre del 2004 fue el turno del primer disco *Sed* y el miércoles 29 le tocó al álbum *Presión*. La canción de cierre del jueves 30 hubiera sido «Canciones y almas»: «Que me moría por tocar roncanrol, y ahora que puedo, algunos me están fusilando».

El miércoles 29, la noche anterior al desastre, estuve ahí.

Compré la entrada con mi amiga Martina en el local Locuras del barrio Once, un mes antes del recital. Salía diez pesos. En Locuras vendían remeras de bandas, pantalones jamaiquinos, camperas de jean, broches con insignias de bandas para poner en mochilas de plástico negras que traían impresos los nombres de las mismas bandas; incluso se vendían parches con esos logos para coserlos en el dorso de camperas o en el culo de los pantalones. Había pipas para fumar y papelillo para armar. Pañuelos de todos los colores para el cuello, que más que abrigo eran un símbolo de pertenencia como todo lo demás. Remeras de manga larga, medias, calzoncillos, púas de guitarra, aros y piercings. *Merchandising* para vestir a toda una tribu adolescente.

Guardé el papel troquelado en una caja rosada llena de pulseras de canutillos y mostacillas brillantes, bijouterie artesanal de mi infancia. Ese miércoles a la mañana fui al colegio con una emoción soberbia. Oía los relatos de todos los que habían estado la noche anterior en Cromañón y la envidia no hacía mella: pronto yo tendría mi testimonio también. Tendría mi propia descripción, mi ojo agudo puesto ahí. Llegué a mi departamento pasado el mediodía y dormí una siesta de tres horas. Al despertar, miré un programa de preguntas y respuestas en canal siete, donde chicos y chicas con guardapolvo tenían que resolver enigmas sencillos. Cerca de las siete de la tarde me levanté de la cama y me preparé un Nesquik. Mi mamá llegaba tarde los miércoles. Trabajaba en un call center lejos de Capital y cuando entraba al living del departamento no tenía ganas de hablar. Solo quería comer y dormir, en ese orden y con esa velocidad.

Merendé y me vestí como correspondía. Una remera de Callejeros bastante nueva y un jean nuevo pero roto a propósito por mí, en una tarde de rebeldía leve, con una tijera de poco filo.

Había cumplido quince años en septiembre y, hasta ese entonces, había ido solamente a dos recitales en mi vida. El de Los Piojos en el estadio River, el 20 de diciembre del 2003 en estricta compañía de Tamara, mi hermana mayor, y el de Callejeros en Excursionistas, en el Bajo Belgrano, el 18 de diciembre del 2004. Callejeros presentaba su tercer disco por primera vez, en ese predio al aire libre. Aunque corriera el aire, aun así, me quedé detrás de todos porque el exceso de

personas a los quince años ya me paralizaba la piel de la cara.

Hoy busco un audio de ese recital de Callejeros en Youtube —es el único registro que queda— y puedo oír cómo la pirotecnia se cuela en todas las canciones, impidiendo escuchar nítida la voz de Patricio Fontanet. Quince años después, me resulta curioso que ese desorden en el sonido no nos molestara en aquel entonces. Esa piedra en el zapato del paisaje musical. Ese *pum, crash, kaboom.*

A Cromañón mi mamá no me dejaba ir. Para empezar, decía que no le gustaba el barrio. Tampoco le gustaba que me metiera en un espacio cerrado con mis quince años y mi cara de ocho. Decía que podría venir cualquier hombre a decirme algo al oído y llevarme con él, que cualquier pero cualquier cosa podía pasarme. En ese entonces la posibilidad de *cualquier cosa* era la nada misma. Cualquier cosa, ¿pero qué? Era una palabra repleta de vagancia.

Yo estaba convencida de que iría a ver a Callejeros presentar «Presión», mi disco favorito, el segundo concierto de la trilogía heroica. Manuel, mi novio de ese entonces, había ido a casi todos los recitales de la banda desde la creación universal. Fue él quien me sumergió en las canciones y me aleccionó, en tono de camaradería, sobre que a las bandas se las seguía desde abajo para después ufanarse de *haber estado ahí.* Como un compañero de ruta perpetuo. Manuel iba a ir a las tres fechas de Cromañón porque ya había ido a las veinte anteriores. Y entonces, ¿cómo no iba a ir yo?

Ir a ver bandas, por más que no me gustara tanto el tumulto, era también una confirmación de pertenencia a una época, un estilo de vida, una elección política. Elegir estar al lado del artista joven que jamás se imaginó que llenaría una cancha de fútbol con los oídos listos para él. Esa era la imagen que condecoraba el deseo. Elegir acompañar. La canción «Rocanroles sin destino», del disco que lleva el mismo nombre, decía: «Tantos mediocres sin clase que te arman el ranking de los elegidos del nunca jamás. Y ahí caés en la cuenta, de que lo que cuenta es lo que se siente en la calle. En la gente y no en los inventos, de estos incoherentes. Para no dejarte llegar».

Este himno que hablaba de la calle y de la gente defendía a capa y espada la necesidad de escoltar al artista. Manuel, mis amigos, mis amigas y yo, éramos también esa calle y esa gente. Había alguien poniendo su garganta para la protesta social de un modo que nos representaba. ¿Y a nosotros qué nos quedaba? Estar presentes armando banderas.

Pero ahí, apoltronada en ese living de Palermo, mi mamá seguía dudando si dejarme ir. Decía que lo estaba pensando. ¿Qué es

Cromañón?, le preguntaba a mis hermanas mayores, y ellas la calmaban. Venían de una adolescencia cargada de salidas a recitales en Cemento y Arpegios, galpones minúsculos en barrios de zona sur donde los músicos tocaban en subsuelos repletos de fanáticos sin un agujero de aire preciso.

Mientras mi mamá analizaba el caso, yo ponía los discos de la banda y los cantaba fuerte para generar un modo alternativo de confrontación. Vivíamos en un departamento de dos ambientes en el que oír la música de Callejeros no era algo de lo que ella pudiera escapar. Logré que conociera las letras de las canciones tanto como yo. Supe tirarme al piso y pedirle por favor, rogarle de rodillas, llorar, decirle que jamás le perdonaría que no me dejara vivir la experiencia del recital íntimo.

Una noche de fideos con queso en una cocina contrafrente, mi mamá me dio su veredicto.

—Está bien, Camila, está bien, está bien.

Después de tanto despliegue o representación de la tristeza, cedió. La condición era que debía ir acompañada por un mayor de edad. Las cifras la tranquilizaban. Llamó por teléfono a Mónica, la mamá de mi amiga Martina, y entre las dos acordaron que Ramiro, su hermano mayor, iría con nosotras.

Ramiro nunca había ido a ver a Callejeros, le parecía buena idea hacerlo por primera vez. A él le gustaba su música, no tanto como a Martina y a mí, pero a sus dieciocho años cualquier plan podía transformarse en una noche original. Él iba mucho a la cancha a ver al club Boca Juniors y ese entorno frenético le daba entusiasmo. No entendía la esencia del público fiel con el rocanrol, pero sí con el deporte. Cuando mi mamá terminó la conversación con Mónica me pasó el teléfono, y del otro lado estaba mi amiga. Gritamos al unísono a través de los agujeros del tubo de Telecom. Ramiro compraría la entrada en el local Locuras de Once. Había averiguado y todavía quedaban.

—¿Con qué canción creés que abrirán?

—«Otro viento mejor».

—¿Vos decís que tocarán el disco en orden?

—Seguro tocan temas del demo también, ojo. No sé si respetarán todo el orden.

—La puta madre, ojalá toquen «Ancho de espadas».

—«Esa sonrisa, su salvación, su ancho de espadas y mi perdición». ¿Sabés que Pato escribió esa canción a los dieciocho?

—Fah.

Sería uno de los primeros hechos importantes de mi mundo adulto: un recital íntimo y exclusivo para los *verdaderos* seguidores de la banda.

El anochecer del 29 de diciembre del 2004 hacía más de treinta grados de temperatura. Los diciembres en Buenos Aires pueden ser veranos fatales. Nos tomamos un colectivo de línea con Martina, Ramiro y Ana, su novia.

¡República de Cromañón, al fin! Tanto había escuchado de vos y aquí estás. Sos una puertita diminuta en medio de un fábrica gigantesca y pesada. Llevás el nombre de una cueva francesa donde se encontraron fósiles que dieron paso al Paleolítico superior. Sos el fin de la glaciación, el comienzo de una Era. Sos un edificio común y yo te idealicé.

Hay olor a choripán y paty, a porro, a cigarrillo industrial, a cerveza caliente derramada al costado del cordón de la vereda, a pis caliente de alguien que no aguantó, a plástico manoseado, a pelo sin shampoo, a saliva, a rastas fabricadas hace un verano.

Al llegar tuvimos que hacer tiempo porque era temprano. Había muchos chicos y chicas llegando, todos con flequillo y zapatillas de lona como bandera. También había muchos *trapos* con frases de la banda que mostraban las zonas de donde venían los seguidores: Córdoba, Santa Fe, Corrientes, Salta, y tantas zonas del conurbano bonaerense como del resto del país. Una se sentía poca cosa habiéndose tomado el colectivo 29 para llegar hasta ahí, cuando otros habían viajado horas y horas en micros de larga distancia y tenían un cambio de ropa hecho un bollo en la mochila con esos treinta grados de calor. Muchos armaban rondas en la vereda y hacían tiempo, algunos llevaban sus guitarras y tocaban temas de Callejeros acomodando las gargantas para un rato después. También había chicas con cochecitos, o niños de tres, cuatro, cinco años que iban de la mano de sus padres. Algunos con camisetas miniatura de bandas o de clubes de fútbol. Me encontré con amigos de mi colegio Normal Nro. 1 Roque Sáenz Peña, una escuela estatal del barrio Balvanera. Esos que siempre iban a ver a Callejeros, esos amigos que estaban contentos de verme ahí, lista para sumarme al clan nocturno del baile y la canción. Ramiro y su novia nos ofrecieron cerveza. Tomamos apenas unos sorbos. Ahí nomás nos encontramos con Yanina, una amiga del León XIII, un colegio privado y católico de Palermo.

Ya era noche plena y decidimos hacer la fila para entrar. Una policía me revisó. Me palmeó entero el cuerpo y me hizo sacar el calzado. «Pasá, *mona*», me dijo.

Entramos. Podíamos respirar el aire que expiraban todos. Si afuera hacía treinta grados, ahí adentro hacía diez más. Todas las caras que

recordaba haber visto en la calle ahora estaban sofocadas. Al costado izquierdo, había un bar empotrado que vendía cerveza y fernet. Los chicos y las chicas cargaban energía en esos vasos gigantes de plástico de litro. Y ahí afuera seguía quieta la Plaza Miserere, la terminal de trenes de Once, la muchedumbre que volvía a sus casas después de un día de trabajo.

Martina, Yanina y yo nos alejamos de Ramiro y Ana —los mayores— y caminamos alrededor. Éramos la juventud intercalada con la niñez más precisa. Ni una cosa ni la otra. Busqué mi Nokia 1100 y noté que estaba apagado. Lo encendí para que mi mamá no perdiera la cabeza si se le ocurría contactarme. Esos teléfonos celulares tenían una animación que mostraba dos manos que se entrelazaban, como en una relación frívola entre laboral y familiar, cada vez que se los encendía o se los apagaba.

No tenía mensajes nuevos.

Subí al primer piso porque estar abajo me daba miedo. Débil como un cervatillo pero en altura, lejos de los pogos y los golpes, intentando verle los detalles de la cara y el cuerpo a Pato, Maxi, Elio, Dios, los integrantes de la banda que todavía estarían fumando en los camarines.

La puerta de salida era tan lejana y ahí arriba se respiraba un poco mejor; o simplemente la posibilidad de estar apenas elevado daba la sensación de desahogo. Martina y Yanina se quedaron conmigo. Hicimos silencio y esperamos. Busqué a Manuel con los ojos. No me acuerdo si lo encontré. Un nene de alrededor de cuatro años bailaba con su madre, los dos con flequillos, zapatillas de lona celestes y la misma remera de Callejeros que en la espalda decía «Inoxidable pasión».

Ya eran cerca de las diez de la noche, el recital arrancaría pronto. Parece que todavía estoy ahí aunque no recuerde casi nada. No tengo imágenes concretas de mí durante las dos horas que habrá durado el show. Solamente esto, que repetí durante años como estribillo de canción: Yo estuve en Cromañón y me quedé todo el recital en el piso de arriba porque abajo me daba miedo. La noche siguiente, de los que estaban arriba muchos no sobrevivieron.

Yo estuve ahí: en el piso de arriba, en el piso de arriba, en el piso de arriba.

Todavía hoy los pienso a todos, amigos de los recitales en vivo, de la cerveza, del calor, la presión baja y la guitarra en la calle.

Los pienso y los escribo.

Los hechos del nocturno negro del jueves 30 de diciembre, más o menos los conocemos todos. La capacidad del lugar estaba excedida en

un número alevoso. Las salidas de emergencia estaban cerradas con candados y cadenas para evitar que los fanáticos sin entrada se colaran, igual que en una cancha de fútbol. En ese entonces el acceso al recital de la banda del momento se parecía mucho a un partido definitorio de campeonato. Cantidad de bengalas, foguetas de tres tiros, petardos, candelas de treinta tiros se encendían a la par para iluminarles la cara a los músicos mientras desplegaban eso que sabían hacer. Eso que venía volviendo loco de contento a media franja joven del país podía ser una bomba a punto.

El local contaba con dos pisos y dos escaleras anchas en forma caracol que marcaban la circunferencia del espacio. En el techo había una media sombra —plástico puro— de esas que se ven en los estacionamientos para recubrir el calor de los autos, o en las terrazas de las casas para atenuar el sol del mediodía. En este caso la mediasombra servía para acustizar. Una chispa de fuego disparada de una bengala que alguien sostenía con confianza demente llegó hasta la media sombra. La combustión que generó, junto a la espuma de poliuretano del techo, liberó ácido cianhídrico, un humo venenoso de color gris plomo, espeso como un yunque, capaz de matar a cualquier ser humano en menos de treinta minutos.

Algunos lo llamaron «catástrofe» (es decir, *s*uceso desdichado), otros «masacre» (infortunio evitable, matanza de indefensos*)* y otros «desgracia» (situación que produce gran dolor*)*. Los sinónimos sombríos se multiplican con el correr de los años.

Después de Cromañón, parece, tengo una extraña relación con el fuego. Acato cualquier orden que lo prohíbe. No me acerco a espacios inflamables como estaciones de servicio y no uso camperas de nylon cuando un grupo de amigos me invita a un asado. Un brote mínimo de brasa podría ir a parar a mi capucha, y en un instante, mi cuello comenzaría a derretir cada capa de mi piel. Miro con atención las tapas para incendio que están en la vereda de la calle. Jamás vi a un bombero desplegar una de las mangueras que se ocultan ahí abajo. ¿Podría esa tapa que nadie ve salvar un edificio o una persona en llamas? Tampoco estoy de acuerdo con los que encienden cigarrillos con fósforos; aunque pequeño, ese retazo azul, amarillo y naranja podría convertirse en algo feroz si tomara contacto con un pedazo de pestaña. En el circo el fuego es un elemento de entretenimiento, de desprendimiento de sonrisa. Un hombre que apenas practicó va, enciende un palo de madera, y con un buche de alcohol se lo mete en la boca. ¿Cuál es el índice de accidentes? ¿Cómo es que su fluido bucal no invita a que todo se le encienda en una milésima de segundo? Ahí,

el hombre flaquito de cabello grasoso y bastante largo se transforma en un dragón de la modernidad. Yo no disfruto. Estoy siempre atenta al instante en que la acrobacia con fuego pueda transformarse en tragedia.

También está el encierro.

Hace más de diez años que no sé lo que pasa en las vías subterráneas donde anidan más de diez líneas de transporte, acá o en cualquier otra ciudad del mundo donde haya puesto los pies. ¿Si el subte se quedara parado más de diez minutos ahí debajo? ¿Si dejáramos de oír o nos dejaran de hablar quienes lo manejan? ¿Si dejáramos de saber? ¿Si empezáramos a tener demasiado calor y nos faltara el aire? ¿Y los pulmones? ¿Y si se cortara la luz de pronto? Ni hablar de viajar en verano con alta temperatura. O esas anécdotas que circulan, siempre en almuerzos, cenas o meriendas, de alguien a quien le contaron que con el subte detenido empezó a oler a quemado y pasaron diez minutos hasta que las autoridades ordenaron a los pasajeros abandonar el vehículo en pleno túnel.

La eficacia del transporte veloz no forma parte de mi cotidiano. Prefiero llegar tarde a todos lados antes que entrar en un tubo movedizo y sellado bajo tierra, en donde no puedo verle la cara al conductor para saber. Es esa fantasía engañosa, la de querer tener el control. Si enumero los miedos que se van transformando en certeza, ahí detrás, siempre están el encierro y el fuego.

No hay milésima de suceso irregular en donde yo no conciba de inmediato lo trágico. El accidente es parte de toda acción e, incluso, de todo estado de reposo. Ese no es un pensamiento genuino. Creo que esa idea de tragedia permanente pudo haber sido adquirida. Desde esa noche, muchos amigos alcanzamos pensamientos que están relacionados con la noción de los finales. De lo interrumpido. Nos apropiamos de esas ideas. Van con nosotros a todos lados como satélites marchitos. Teníamos catorce, quince, dieciséis y tuvimos que vivirlo sin entender del todo.

3

REUNIONES EN FOTOLOG

Me envían un archivo con más de ochenta fotografías que van desde el 2004, año de Cromañón, hasta el 2006 inclusive. En ese entonces algunas cámaras digitales dejaban los números impresos en la imagen, por eso la certeza. Mi red Fotolog se llamaba «Cami Gardelita». La de amigos y amigas tenían nombres parecidos: Jose Piojosa 87, Lau Agitando rocanroles irresistibles, Lamuchy87, Belenciita pordiosera verano del 92.

Todos respondíamos a la misma fórmula: el nombre propio acompañado de un adjetivo formado a partir del nombre de una banda de rocanrol. Fotolog fue la primera red que permitió la circulación masiva de fotografías de amigos saliendo del colegio o en vacaciones, con collages e insignias de canciones o poemas típicos que llegaban a nuestras manos desde la biblioteca familiar o quizás solo por gusto literario adquirido a una edad temprana. Versos como: «Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca», de Julio Cortázar o «La canción desesperada»: «Ah, más allá de todo, ah, más allá de todo. Es la hora de partir, ¡oh, abandonado!» de Pablo Neruda. También compartíamos fotos de esos artistas que llegaban a nosotros como obligación: la famosa imagen en blanco y negro de Cortázar sentado en un living hablándole a su gato a través de un ventanal, o la de Salvador Dalí con una estrella de mar en el ojo izquierdo. Los grandes, los populares, los obvios también, pero fundantes al fin.

Nos deciamos : «te amo», «te veo mañana», «te hablo a la noche». Éramos efusivos con el cariño y compartíamos fragmentos de canciones como sellos de fuego. Nos reconocíamos así, como si tuviéramos el olfato de diez perros. Fuimos tribu. Lo de vernos las caras a diario pero también impresas en la pantalla de la PC nos provocaba una ansiedad novedosa. Queríamos rodearnos más y más y más, volvernos serpiente cascabel. Fotolog era la madre de lo que es ahora Facebook, Instagram, Twitter. Se creó en 2002, junto a Flickr, Orkut y tantas otras redes que jamás usamos.

DESPUÉS DE CROMAÑÓN

Marzo 2006

Laura, Josefina, Yanina y yo estamos recostadas en una cama de acolchado naranja de buena calidad, seguramente Arredo u otra primera marca. La madre de Yanina es de buen pasar, a diferencia del resto, y ella va a un colegio privado. Las demás dependemos del Estado. La pared está pintada de naranja también, porque ellos son dueños de ese inmueble y pueden hacer y deshacer sin pensar en consecuencias inmediatas ni futuras. Casi todo es naranja en este espacio de Yanina. El suelo brilla por un pulido generoso de chica de limpieza contratada a diario, que también cocina bizcochuelos marmolados para cuando vengan las amigas a pernoctar. Lo cierto es que venimos mucho a la casa de Yanina porque es amplia y su madre nunca entra a la habitación, y si lo hace, golpea, y si golpea y entra, sonríe, y si sonríe, hace alguna broma sobre nuestro aspecto falsamente descuidado pero en verdad meditado largos minutos frente a un espejo o a alguna vidriera de centro comercial. La pared del cuarto de Yanina, además de naranja, está repleta de pósters, recortes de diario, entradas de recitales, dibujos, stickers, y una pintada hecha por ella misma que dice «Callejeros» en letras negras con ribetes dorados. Había cierta competencia por lograr el trazo fino en el logo de la banda, y Yanina podía ser de las mejores. El póster más grande, el que todavía cala hondo porque también estaba en mi pared y en la pared de mi novio Manuel, es el de Callejeros en blanco y negro anunciando la fecha del 30 y 31 de junio del 2004 en el estadio Obras Sanitarias de Buenos Aires. Los cinco integrantes de la banda miran hacia el frente, jovencitos y llenos de lo que sea que tenga que venirles, jean y campera Adidas, o buzo de lana, con sonrisas o seriedades impostadas, de músico profesional o de jugador de fútbol en ascenso. Están en hilera y con el pecho hacia adelante, sobre un fondo de naturaleza que no se entiende si es dibujada o real, si realmente se fueron a la vera de un arroyo para posar. Hay piedras también, y musgo, y árboles que amenazan con brotar.

Ese póster lo tuvimos todos. Lo arrancamos de la calle y lo pegamos en la pared de nuestra habitación, sin importar el tamaño descomunal. En mi casa no había casi espacio pero lo pegué igual, encima del monitor de la PC del año 98, en esa pared a la que apenas le llegaba la luz pero qué importaba, yo quería tenerlos a todos en mi casa también, por qué no.

Y no había cosa que Yanina no pegara en esta pared naranja. No había casi espacio libre entre frases y recortes. La información podía ser neurótica, claustrofóbica: Vivir solo cuesta vida, La 25 en estadio Obras Sanitarias, Entrevista al cantante Pity Álvarez en el living de su casa titulada «El auténtico decadente», más de veinte entradas de recitales

de Los Piojos, La vela puerca, Callejeros, El bordo, La 25, Intoxicados, Los Gardelitos, dibujos de Yanina, dibujos de Yanina, dibujos de Yanina. Y nosotras cuatro ahí delante, envueltas en el acolchado de colores cítricos, abrazando un oso de peluche gigante y marrón —porque eso también había— sonriéndole al porvenir sin pensar demasiado. A los dieciséis años el relajo facial es por no pensar.

Septiembre 2005

El baño del Boliche El Teatro de Álvarez Thomas y Federico Lacroze, en el barrio de Colegiales. Josefina y yo miramos a cámara y somos gemelas. Llevamos una trenza del lado izquierdo, suéteres rojos y verdes, y más de diez collares en el cuello. Los flequillos son espesos y el pelo por debajo de los hombros. Llevamos calzas pegadas al culo, como tatuadas, y bolsos hippies de nuestras hermanas mayores. Todavía es temprano pero el boliche ya está lleno. El Bordo presenta su segundo disco: *Un grito en el viento*. Vamos al baño para mirarnos al espejo, para medir la exactitud de los peinados. Durante ese recital nos quedamos atrás de todo, por las dudas, por si acaso. Encender algo con fuego en un lugar cerrado es cometer un delito. Apenas se enciende algún que otro cigarrillo. El epígrafe de la foto en el Fotolog de Josefina: «Bue, son las tres de la tarde y recién me despierto. ¿Qué puedo decir? la pasé increíble, loko. Amigos, birra, pizza Hugis y rocanrol. Nos vemos a las cinco en Aguas. No lleguen tarde porque me aburro», confirma que esa noche la pasamos de maravillas, que bailamos y no importó nada más. Pero esa es una vil mentira, porque en septiembre del 2005 la liviandad total en un espacio cerrado no era una posibilidad.

Julio 2005

Somos varios en la foto. Estamos sentados en el suelo, a la vera de la barra de tragos del boliche Marquee de Villa Crespo. Otra vez toca El Bordo, se ve que es la banda del momento. Chiquito ocupa la mitad de la foto. Le decimos así porque es inmensidad en altura, y lleva un solo collar rollinga. Él también estuvo en Cromañón pero salió caminando tranquilo, seguro de que ni bien apagaran el fuego la banda tocaría de nuevo. Al lado suyo está Juana, con una remera roja con la insignia Callejeros hecha por sus propias manos y un pantalón rayado de colores jamaiquinos. Juana es fiel al atuendo tribu, también tiene un pañuelo de hilos plateados y un flequillo recién cortado. Detrás de ella, entre abrazados y ebrios, Nicolás, Yanina, Laura y David. Ninguno está de acuerdo con que se registre el momento, pero igual. Todos a su manera, entre el hippismo de duendes estampados y el mareo en la tapa del

cerebro. Yo fui quien sacó la foto. En ese recital apenas pude entrar al espacio donde estaba emplazado el escenario. Me quedé sola en la barra, oyendo desde lejos. Cada tanto venían Chiquito o David, cansados de cantar, con la garganta áspera pero con muchísimas ganas de fumar. En el epígrafe de la foto que figura en Fotolog, volvemos a jurar que fue una noche inolvidable. Entre risas, recordamos la anécdota de que a la salida del recital, a Manuel casi lo pisa un auto que corría picadas por la avenida Scalabrini Ortiz. Tanta cerveza, tanto pucho, tanto porro, tantas ganas de perder la conciencia.

Abril 2005

Vino Uvita, clericó. Una colección de cartones de vino todavía más dulces para los que no gustaran realmente de la bebida alcohólica, para los paladares infantiles que quisieran jugar un rato a la borrachera en la calle o en la casa de Mauri, donde nos reuníamos todos los fines de semana. La foto está sacada desde abajo, seguramente con una cámara que sostenía alguien recostado en la cama. Josefina parece de doce años aunque tenga unos más. Esa noche se calzó la remera de Los Gardelitos que se compró en Plaza Francia, hecha a mano en letras blancas sobre morley negro. Nacho tiene una remera de El Bordo y una cresta en el pelo. Nacho sabe que es deseado, abraza con seriedad y ese gesto perpetúa las ganas que tienen muchas de besarlo. Es Laura quien sostiene el cartón verde de Uvita.

Esa noche terminamos charlando sobre el ojo bizco del presidente que nos había tocado en suerte. Empezábamos a pensar en política, cosa que nunca antes, con simpatía o curiosidad. Nunca veíamos amanecer en la calle para no preocupar a nuestras madres o padres, pero nos quedábamos hasta tarde charlando y bebiendo en las hamacas de una plaza, o en el barril redondo como un toro mecánico, que necesita de mucho equilibrio de quien lo monte para no caer sobre la arena sucia de la plaza cerca de la Facultad de Medicina.

Marzo 2005

Estamos en el pasillo del subte Línea D, estación Bulnes. Detrás nuestro, el mural «El toro Zupay» del artista argentino Alfredo Guido: ese que exhibe un toro negro descocado, como representante de Satán.

Laura, Josefina y yo vamos a Plaza de Mayo. Es la marcha mensual por Cromañón. El abrazo es tan fuerte que si perdurara, empezaría a faltarnos el aire. Estamos todas colgadas del cuello de las demás. Llevamos botellas de agua y cigarrillos. La humedad nos puso rulos en el pelo y un reloj ahí detrás asegura que son más de las cinco de la tarde. Una pareja se abraza y besa detrás de nosotras, bien podrían

estar bailando tango. Posamos para la foto y al instante desarmamos el enriedo. A esa altura yo todavía podía tomar subtes, aunque cuando se quedaba parado entre estación y estación necesitaba hacer contacto visual con mis amigas. No quedaba claro qué pero algo empezaba a no estar en su lugar. Era la espera. Era el silencio. La caminata de un vendedor ambulante entre vagones podía ser un resguardo. Un pulso vital.

Febrero 2005

Mar del Plata. Estamos Yanina, Josefina y Sol, una nueva amiga. Ella no es rollinga, escucha Green Day pero igual simpatiza con letras como «Por Alex Lora sentí que sentías, tuve en tus ojos mi nación», de Callejeros. Abunda malla pero tenemos frío, la sonrisa es a pesar del viento. Es un día destellante, de esos de bandera azul para bañarse a pleno, todo el tiempo que se quiera. El bañero está sentado en su torre mirándose los pies. Las chicas posan para la cámara de la mamá de Yanina, que por cierto es bastante simpatizante de registrar el momento. Detrás de nosotras lo de siempre: personas con remeras enrolladas en la cabeza juegan al paddle de playa, tres perros se mojan y se secan, mujeres toman sol de espalda dejando que el culo blanco se transforme en algo parecido a un letrero luminoso.

Ese verano es extraño. Necesitamos estar todo el tiempo juntas, rodeadas. Escuchamos música y también estamos al tanto de los diarios y noticieros como nunca antes. A mí me toca veranear en casa de Josefina porque me invita, soy una de sus mejores amigas. En la cocina del departamento de Mar del Plata hay un reloj cucú de madera que cuando da la hora exacta suelta un pajarito pintado a mano que se mueve. Es de las cosas más memorables del inmueble.

Una de esas noches se presenta la banda La Vela Puerca en un boliche de Mar del Plata. Josefina quiere ir y yo no. Todavía no me imagino dentro de ninguna parte. Eloísa, la mamá de Josefina, alcanza a su hija al lugar con el auto. Yo voy con ellas pero me quedo con Eloísa haciendo tiempo. Volvemos al departamento. Eloísa cocina milanesas al horno y las comemos mientras miramos una comedia romántica por cable. Cuando dan las doce pasamos a buscar a Josefina. «Qué tonta que no viniste. Tocaron “Todo el karma”», me dice. Le respondo que lo lamento aunque en realidad no lo lamento para nada. Esa noche nos cuesta dormir. Recordamos «Manos», el primer cuento del libro *Socorro* de Elsa Bornemann, en el que un grupo de amigas se quedan solas en una casa en el campo y se agarran de las manos para no tener miedo y poder dormir. Al día siguiente descubren que ese contacto era imposible, que las camas estaban demasiado distanciadas

y que se durmieron en compañía de algo paranormal. A Josefina y a mí nos gusta esta historia. Nos dormimos así, rememorando, con una cantidad de fantasmas haciendo presión por surgir.

Enero 2005

Hay una sola foto y está fuera de foco. Estamos en la terraza de la casa de Mauri. Es un amanecer naranja pastel. Somos muchos y muchas. Bebimos casi todo y seguimos fumando. Apenas podemos abrir los ojos. Algunos se quedaron dormidos, otros todavía podemos posar para la foto. Nos cuesta volver a casa. Nos hace bien ese pogo quieto y perpetuo. El tiempo pasa rápido y nadie quiere quedarse solo. Algunos miramos a cámara y el gesto de susto es evidente. Se nos dilatan las pupilas, se nos ponen finitas, como les pasa a los gatos cuando son sorprendidos por luces antiniebla de un coche desorientado.

ANTES DE CROMAÑÓN

Diciembre 2004

Manuel y yo. Tenemos quince años. Estamos recostados en un sillón de tres cuerpos en la casa de Ana, una amiga que tenemos en común pero es de otro colegio, y miramos a cámara con los ojos entornados por el flash. Somos novios, nos queremos, nos lo decimos todo el tiempo. En vivo, en cartas hechas a mano, en redes sociales demasiado nuevas. Somos la pareja más duradera de nuestros años de cursada en el colegio del Estado. Vamos juntos a todos los recitales que podemos. Vamos juntos a todos lados. Desde los trece hasta los dieciséis. Atravesaremos Cromañón juntos. No volveremos a vernos nunca más.

4

NOTICIAS POR TELECOM

¿Se escucha bien ahí? Bueno. Te lo cuento según me voy acordando. A ver. Yo tenía veintiocho años. Me acababa de mudar con Fernando a un departamento en Balvanera que habíamos comprado con mucho esfuerzo. Era un espacio muy grande y viejo al que había que hacerle bastantes reformas. En el 2004 estábamos viviendo como en un campamento, ¿te acordás? Vos venías mucho a casa en ese entonces. Alguna vez te quedaste a dormir en el living, en medio del desastre. Habíamos levantado los pisos y tirado algunas paredes. Hay algo en toda mudanza que tiene que ver con habitar una casa nueva y escuchar los sonidos del barrio, acostumbrarse a eso.

Era de noche y hacía mucho calor. Fuimos a tomar un helado porque los ventiladores que teníamos no tiraban nada. Nos pedimos un cuarto de helado cada uno y nos sentamos a tomarlo en un banquito esquinero. En un momento empezamos a escuchar muchas sirenas. De autos, de ambulancias. Sirenas muy agudas. Al principio no presté atención, pensé que quizás era algo normal en la zona pero se fue intensificando y nos llamó la atención. Decidimos acercarnos a ver por qué no paraban. La avenida Belgrano estaba cortada y solo dejaban pasar ambulancias y patrulleros. Yo pregunté qué pasaba y una chica en bicicleta me contó que había tocado Callejeros en Cromañón y que se había incendiado. Estaban llevando mucha gente al hospital en un estado de suma urgencia. Le respondí: «ahí está mi hermana», pero no me oyó.

¿Sigo?

Los llevaban al Hospital Ramos Mejía, que quedaba a la vuelta de mi nueva casa. En ese momento me acordé de vos, Cami, que ibas a ver a Callejeros. Y el amor por la música, sobre todo el rock nacional, era algo que compartíamos mucho. Volvimos corriendo a casa. Prendí la televisión para ver qué pasaba y en algunos informativos ya anunciaban una tragedia. Te llamé a tu casa, en ese momento estabas viviendo con mamá. Estaba paralizada, apenas podía apretar los números del teclado. Me atendiste vos y el corazón se me estabilizó. Con mucho cuidado, te pregunté si sabías lo que estaba pasando y me dijiste que no. Entonces te conté, como pude, lo que sabía. Dije: incendio, local, Once, Callejeros. Te pusiste muy nerviosa, dijiste que tu

novio estaba ahí. Encendiste el televisor y te pusiste a llorar. Cortaste el teléfono, ¿te acordás? Me sentí culpable porque quería ayudar pero te hice daño. Cuando volví a llamar, mamá me dijo que estabas muy mal, que no querías hablar, que dabas vueltas por el departamento preguntándote cosas. Llamé tres veces más. Estuvimos comunicadas hasta muy tarde, hasta que supiste que tu novio volvió a su casa corriendo y estaba sano. Se había dado cuenta de que algo andaba mal y había logrado salir. Eso, solamente eso, fue un alivio enorme.

Disculpame.

Me cuesta hablar de esto.

Al día siguiente era año nuevo . Fernando y yo lo festejamos en Quilmes en casa de unos amigos. Había mucha tristeza y silencio. Creo que fue el primer año nuevo que no escuché los fuegos artificiales aunque estuvieran ahí. Hablamos de vos y de tu novio que había estado ahí.

Te recuerdo muy triste.

Ahí empezaron las pesadillas y después el insomnio, o tal vez fue al revés. No me acuerdo. No hay exactitud en los recuerdos.

¿Te sirve de algo esto que te digo?

5

YANINA

EL INCIENSO

A Nina no le gusta que la nombren Yanina aunque así se llame. Mientras abre la puerta de su casa de Almagro, alrededor suyo saltan y dan alaridos dos caniches blancos repletos de rulos opacos. Yanina es escultural y tiene veintiocho años. El pelo le cae de una gomita gigante y le brilla como si no hubiese puesto demasiado esmero, con esa salud que viene bien del interior. Está en ropa de entrecasa, pero aun así perduran en ella las curvas genéticas. El ladrido de los perros la perturba, trata de evitarlo a toda costa para no molestarme aunque insisto en que no hay problema. Los perros no son madre e hijo, tampoco hermanos, se unieron a la fuerza nomás en ese departamento recién construido que se compró. Ella colonizó la planta alta y su abuela vive en planta baja.

Me invita a sentarme en un sillón con almohadones de relleno vencido, uno con motivo de Betty Boop. En un pizarrón atornillado a la puerta del baño, un cartel con letras adolescentes de arabescos poco logrados, reza: «Lo esencial es invisible a los ojos». Apenas se sienta en el suelo para mirarme, los caniches se desmayan encima de ella, como si tuvieran que rendirle culto. Nina o Yanina bien podría ser una diosa de la mitología, la representación de una estampita repleta de colores, pero es tímida y franca. Nina también puede encorvarse.

«Yo mentía bastante», dice mientras me pasa un mate de plástico violeta. Cuando lo agarro noto que está hirviendo. «Siempre me iba a dormir a la casa de alguna amiga, esa era mi coartada. ¿Viste que mi vieja está casada con un policía? Igual jamás se les cruzó por la cabeza que yo podía estar mintiendo».

Nina no es la Yanina que recuerdo, tiene otra cara, aunque no me lo quiera confesar. Hace cinco años se limó la nariz porque no le gustaba. Lo que ocurre con esas intervenciones es que el resto de la cara se vuelve a edificar. La persona con la que uno se encuentra es desconocida, incluso para sí misma es novedad. Pero hay un momento en que esa persona se vuelve a identificar con el reordenamiento de la carne y se vuelve a aceptar. Eso quiso desde el principio: cambiar para

alejarse. Marcharse lejos pero en el mismo cuerpo.

«Hice diseño gráfico, el CBC para estudiar arquitectura, diseño de interiores. No tengo una vocación. No sé qué quiero hacer. Quería tener mi marca y vender ropa, pero fue un intento fallido. Toda la vida me quise ir pero no me animo a irme totalmente sola, necesito que alguien diga que me espera en algún lado».

Cuando tenía catorce años, Yanina escuchaba todas las bandas del momento: Callejeros, Los piojos, Los redondos, Los Jóvenes pordioseros, Los Gardelitos, La 25. Como su mamá no la dejaba salir —temía, sobre todo, la inseguridad— Yanina mentía. Inventaba planes que encajaban a la perfección con horarios de recitales nocturnos y se llevaba ropa limpia en la mochila para cambiarse. Salía de su casa vestida de una manera, y una vez dentro del local bailable, se transformaba. Se marchaba lejos.

Cuando tenía catorce años, Yanina sacó entradas para las tres noches que Callejeros daría recital.

Cuando tenía catorce años, Yanina vio una chispa creciendo en el techo de Cromañón.

Cuando tenía catorce años, Yanina se tapó la nariz con la remera cien por ciento algodón para dejar de oler.

Su novio Lucas le había aconsejado que lo hiciera: «Yo estaba enfrente del escenario. No podía salir porque había un embudo. Perdí una zapatilla, me acuerdo. Lucas me agarró y salimos. Después no me acuerdo más nada».

Sentada en el piso frío de losa de su departamento ph recién remodelado, Yanina me mira con los ojos grandes y me dice que todavía no entiende cómo logró salir. Una vez afuera se sentó en una esquina de la plaza Once a esperar a que su mamá la pasara a buscar en auto. Esa noche, a diferencia de otras, Alicia, la madre, la había dejado finalmente asistir a ver a su banda favorita gritar canciones. Yanina la llamó desde su teléfono celular.

—Hola, ma, ¿cómo estás? Sí. El recital empezó pero cortaron porque se incendió el techo. Algún boludo con una cañita voladora. No sé lo que pasó. Nada grave. Ahí lo deben estar apagando. Hay sirenas. Es un quilombo esto. Estoy bien, sí, pero ¿podés venir?

Del otro lado del teléfono, Alicia miraba una pelea de boxeo profesional en la pantalla de un televisor, en una pizzería del barrio de Once. Pidió la cuenta del café cortado y salió a toda velocidad para encontrarse con su hija. Cuando se vieron, Alicia abrazó fuerte a

Yanina aunque no sabía bien por qué.

Yanina estaba transpirada. «¿Dónde quedó tu novio?», le preguntó Alicia. Yanina apenas respondió. No sabía. Ninguna de las dos sabía bien lo que acababa de pasar.

«Volvimos en el auto escuchando la radio», me cuenta Yanina. «Cortaron la transmisión de Aspen, la radio de los clásicos, para hablar de Cromañón. Me costó creer lo que escuchaba. Decían que algunos de los que habían estado ahí al lado mío cantando, ahora estaban muertos».

Yanina tiene dieciséis años y es imponente en su uniforme planchado. Lo que se lleva a cabo es una misa en su colegio privado. Los alumnos de cuarto año están parados delante de una hilera de bancos de madera, todos con sus uniformes verdes y blancos.

Cuando el cura prende el incienso para pronunciar la última oración, a Yanina le baja la presión. Una amiga le sostiene el cuello, está acostumbrada, no es la primera vez que le pasa esto. La acompaña silenciosa hasta la puerta. Una vez afuera de la iglesia, se miran y sonríen. Yanina suspira entrecortado, le lloran los ojos. El incienso es una resina vegetal que cuando entra en contacto con el fuego despide un intenso olor a quemado. Solo eso es suficiente para que la chica escultural se derrumbe.

¿Cómo le explicás hoy Cromañón a un chico de quince años?, dice Yanina mientras me mira y lava la vajilla sucia en la cocina. Ahora estamos en la planta baja, y su abuela está pendiente de la televisión. No te preocupes, ella no se da cuenta de nada, me dice. Es cierto, pienso, parece dibujada.

Le pregunto a Yanina qué tiene que hacer después. Me responde que nada, tal vez siga mirando la tercera temporada de la serie policial que la tiene tan intrigada.

«Yo creo que opté por la negación. Me retraigo. No caigo en la realidad. Nunca terminé de entender lo que pasó esa noche. Todavía no lo entiendo», dice.

Antes de abrirme la puerta, Yanina le pone un saco de lana a su abuela sobre los hombros. La mujer sigue inmutable. También retraída, también negada. Nada que unas horas enfrente del televisor no puedan amparar.

6

MARTINA

QUIERO SER ODONTÓLOGA

«Fue un jueves creo. Fui a Once a comprar tela y justo pasé por la calle Bartolomé Mitre. Había un pallet de madera para señalar que estaba prohibido pasar, pero la puerta de Cromañón estaba abierta, y eso que ya habían pasado muchos años de la tragedia. Me asomé para ver qué onda. Forcé la vista y pude ver la barra donde vendían alcohol. Estaba todo igual. Negro, con olor a tren viejo, a hierro. Vi las manos marcadas en la pared. No me animé a entrar del todo, con el olor fue suficiente. El lugar me pareció más chiquito de lo que recordaba. Para mí era descomunal Cromañón. Me fui caminando y me tomé el 105 hasta mi casa. A los tres meses salió una nota en el diario *La Nación* con fotos. El titular decía eso: "Cromañón hoy". Era exactamente lo que yo había visto, o sea que no fue una pesadilla. A los pocos meses decidieron cerrarlo. La nota hablaba de una sobreviviente que pasó caminando por ahí y al asomarse había sufrido una crisis de angustia muy grande. Pero esa chica no fui yo».

Cuando termina de decir esto, a Martina le suena el teléfono del consultorio.

Me recibe con un ambo blanco veteado de rayas azules y verdes. «No me acordaba que venías», dice. Martina tiene una dentadura anormal de tan sana. Lo más blanco que tiene su cuerpo son esos dientes en la boca. Me pregunta si quiero tomar algo, le respondo que un vaso de agua me vendría bien. La sala de espera es diminuta. Hay un potus encerrado en una mesa y un palo de agua: típica flora de interior dominado por aire acondicionado. La odontóloga María García está atendiendo a un cura en la otra sala. Le está aplicando un tratamiento de periodoncia en los dientes superiores. «La periodoncia es un problema que se genera en las encías. Puede ser tanto genético como adquirido por malos hábitos», me explica Martina. Ella tiene un especial gusto por los detalles de las bocas ajenas. «Si tuviera que elegir una especialidad, muy probablemente elegiría periodoncia. Me parece interesante ver cómo la gente se deja estar con la limpieza bucal. Cómo el sarro va tomándolo todo».

El cura vestido de cura, con el triángulo blanco en la garganta, viene caminando hacia nosotras. Es alto y grandilocuente. Con una voz profunda, le pide a Martina otro turno para continuar su tratamiento. Ella lo tutea y le sonríe, le encanta su trabajo.

Martina y yo éramos compañeras del colegio primario. Fue una de las primeras personas por fuera de mi círculo familiar que me hacía reír fuerte. Con ella aprendí el humor. Hicimos juntas el colegio primario y después nos distanciamos en el secundario. Nos seguimos encontrando mediante la red Fotolog (cada tanto me gustaba entrar a internet para ver cómo habían seguido las vidas de mis antiguos amigos). Martina era rollinga y escuchaba Los Jóvenes Pordioseros, Los Gardelitos, también Callejeros. A los trece ya se vestía con remeras de esas bandas. En 2003 nos volvimos a poner en contacto. Nos juntábamos a escuchar los discos y nos volvíamos a reír como cuando teníamos ocho años. Hacíamos eso de caminar de la mano por el patio descubierto de la escuela primaria estatal Wenceslao Posse. Martina era buena en fútbol y handball, siempre metía goles y los gritaba mucho. Me hablaba del club Boca Juniors, me contaba sobre esos domingos que iba a la cancha con sus hermanos varones. Yo admiraba esas misas ajenas, cosas amables que les pasaban a otras personas. Cuando cumplimos quince años, decidimos que tendríamos misa propia: iríamos a ver a Callejeros todas las veces que pudiéramos.

Ahora Martina tiene veintiocho y atiende el consultorio de la doctora García desde hace ocho. Se encarga de la parte administrativa y asiste a los pacientes mientras la doctora toma moldes, hace limpieza, realiza extracciones. Martina coloca el babero y el extractor de saliva a los pacientes, toma impresiones para la corona y para placas de relajación. También lava y esteriliza el material no descartable en un autoclave, una suerte de olla a presión a la que se le agrega glutaraldehído —capaz de matar al bicho del HIV, me explica Martina — y ahí mismo se queman todas las bacterias que se hayan juntado durante el día.

Desde que tenía diez años, Martina quería ser odontóloga. Ahora está cursando el último año en la Carrera de la Universidad de Buenos Aires. Detrás del cura, ingresa una mujer de alrededor de cincuenta años que se recuesta, cómoda, en el sillón cuerina gris de la doctora García. Martina me dice que pase a mirar, y paso.

La paciente le cuenta a la doctora que la corona que se colocó hace tres años ahora le está molestando y que por las noches aprieta demasiado las mandíbulas. A la mañana le duele tanto la cabeza que siente que se le instaló un Alien. Martina me mira, pícara, debajo de sus anteojos de marco fino. Siempre vio poquito, siempre tuvo vidrio

delante de la mirada. Mientras sostiene el extractor de saliva en la boca de la mujer perturbada, me dice que me ponga cómoda. Pido disculpas pero la paciente no nota mi presencia. La doctora García le dice a la paciente que seguramente sea todo de origen nervioso. Martina me vuelve a mirar con esa mirada cómplice y universal, de tantos años de origen. Me es imposible no tentarme de la risa y tengo que abandonar la sala. Mi amiga de la infancia no puede evitar generar un clima de broma, incluso ahora que tenemos casi treinta años y su trabajo de odontóloga requiere que lleve puesto un ambo y que esterilice material que pueda contener bacterias mortales.

«Yo mentí una vez para ir a ver a Gardelitos, Los jóvenes Pordioseros y Callejeros a Baradero rock. Le dije a mi mamá que me iba un fin de semana al campo de Ani. La entrada salía veinte pesos, le mentí que teníamos que comprarle un regalo a una amiga por el cumpleaños. Que íbamos a juntar plata entre varias. Tengo todas las entradas de los recitales a los que fui. La más cara fue la de Los Piojos en Vélez. Salía cincuenta pesos, ¿podés creer? Tengo tan buena memoria».

Martina contesta una llamada y asigna un turno. Yo miro a través de la ventana. Es un mediodía blanco, como las piezas dentales, como la pared, como la falta de aire.

«La primera vez que fui a Cemento, me acuerdo que pensé que el nombre estaba muy bien elegido. Era literal: un cuadradito de cemento. No circulaba aire porque no tenía por donde entrar y el estado natural era la asfixia. Me acuerdo que Juana, una conocida nuestra, se desmayó. Vos no querías venir a Cemento porque te daba miedo, ¿te acordás?»

Le doy la razón. No recuerdo para nada haber sostenido esa conversación, pero sí recuerdo el miedo.

«Había como tres bengalas por persona. Yo me había comprado una remera de esas con inscripciones de la banda. Hacía tanto calor y estaba tan transpirada, que la remera se me empezó a desteñir. El corpiño blanco me quedó negro».

Desde la sala de operaciones, podemos oír cómo el torno de la odontóloga profesional ingresa en la encía de la paciente.

«Esa vez de Cemento la entrada salía diez pesos más un alimento no perecedero, entonces fue muchísima gente. Llegué a las siete de la tarde y entré, pero quedó una cantidad enorme de gente afuera. Callejeros tocó dos horas y fue increíble aunque se respirara humo constante. Descansaron una hora y alguien rumoreó que volverían a tocar. Sospecho que el manager les habrá sugerido eso, porque iban a sacar el

doble de plata. Cemento tenía un bar adelante. Es gracioso: el lugar era ínfimo pero el bar no podía faltar. Nos quedamos tomando una cerveza con dos amigos haciendo tiempo. A la hora, Callejeros volvió a tocar y nos quedamos a verlos otra vez. Mi papá me vino a buscar a eso de las tres de la madrugada. Cuando me vio salir de ese lugar no me hizo demasiadas preguntas. Hoy creo que tal vez éramos demasiado independientes a esa edad. Cemento quedaba en el corazón del barrio de Constitución, antes de cruzar la Avenida 9 de Julio.

»El 5 de diciembre del 2004 Callejeros tocó gratis en la Plaza Congreso por la causa "2 km por el Sida". Vos viniste conmigo, ¿te acordás? Era una caravana con escenario móvil. No estuvo tan bueno. No veíamos nada. Durante la marcha tocó Dancing Mood y a la noche Callejeros, que era la banda del momento. Yo ese día cumplía quince. Me acuerdo que había un chico subido a un farol dorado de la Plaza y se cayó. Lo vimos todos. Creo que no le pasó nada pero llegó la ambulancia del Same. Igual el recital siguió».

Martina detiene el relato y busca su cartera. De adentro de una agenda con corazones violetas sobre un fondo negro que dice «Best wishes for you», saca una hoja Rivadavia con tres agujeros como las que usábamos en las carpetas del colegio secundario. Me la acerca y me encuentro con mi letra: enorme, gorda, generosa, sobre todo en las «ges» y en las «eles». Una caligrafía demasiado nueva y repleta de colores. «Es una carta que me hiciste unos días después de mi cumpleaños», dice*:*

«Hola gorda!!! Feliz Cumple!!!

»Aunque yo estuve con vos el día de tu cumpleaños (pero el sonido fue malísimo y se cayó un chabón de un farol) no tuve tiempo de hacerte ninguna carta y tenía ganas de que tuvieras una. ¡Ya 15, boluda! Esto es demasiado, parece ayer que nos sentábamos juntas con las dos trenzas en el pelo. Ya quince años las dos, qué vida che. Yo te pienso seguir llamando aunque vos no lo hagas, porque sé cómo sos y me acostumbré. ¿Y por qué no, quince años más de ir a ver a Callejeros, no? Yo creo que con el tiempo el miedo a que me aplasten se me va a ir.

»Y sí, ahora viene Excursionistas. ¡Aguante Callejeros. Escuchenló, escuchenló, la mejor banda de rocanrol es Callejeros, la puta que lo parió!

»Bueno pequeño inmundo animal (ah re). Espero que la pases muy bien esta noche.

»Te deseo todo lo que vos desees, y te amo.

»Aguante Callejeros.

»Cami Gardelita 87, "Inoxidable Pasión"».

Yo firmaba las cartas así, por el grupo Los Gardelitos; el número ochenta y siete que representaba al grupo Los piojos en numerología y la frase «Inoxidable pasión», de una canción de Callejeros.

Me quedo en silencio después de leer la carta. Martina sonríe.

Le pregunto si trabajaría con niños y me contesta que no. Que sacarle un diente a un niño se parece más a una sesión de psicología. Que hay que entrar en confianza, explicar demasiado. Que aunque todo lo que está mal en un niño se regenera rápido, prefiere toda la vida limpiar la mugre que un adulto dejó que se le juntara en la boca.

«Fuimos juntas a Cromañón el 29 de diciembre. Vos te quedaste en el piso de arriba porque te daba miedo la acumulación de gente. Yo siempre te respeté eso. Bajé porque estaban tocando mi canción favorita y me subí a los hombros de un chico más grande. Grité mucho. Casi me saco la remera pero no me animé. Hacía un calor terrible. Nos fuimos hacia adelante. Cromañón no era tan grande y esa noche no había tanta gente. Ahí, en la altura, me acuerdo que un pibe muy flaquito me pidió por favor que le sostenga la bandera que seguramente él mismo había pintado. Decía "Callejeros Inoxidable Pasión", y como él estaba demasiado aprisionado contra la valla no la podía hacer flamear. Le hice el favor y levanté la bandera. Eso me hizo gritar más. Cuando pararon de tocar me fui hasta donde estabas vos y me dijiste que la estabas pasando bien pero tenías cara de preocupada. Siempre tenías esa cara. Cuando volvió a empezar, te volví a dejar sola. Me subí a los hombros de otro pibe. Esa noche me quedé afónica. Cromañón fue el mejor recital de Callejeros que vi. Había deseado mucho estar ahí. Fue una de las noches más lindas de mi vida».

La paciente de la doctora García ahora llora en el consultorio y Martina me pide que espere en la sala. Miro las plantas, les falta agua. ¿Alguien se hará cargo de algo que no sean los dientes, acá dentro? La paciente pide disculpas, dice que está sensible. Que su cuerpo no es el mismo que cuando era joven.

La noche del 29 de diciembre volvimos caminando con Martina desde Plaza Miserere hasta el barrio de Palermo. Vivíamos a pocas cuadras de distancia. Esa noche me quedé a dormir en su casa y rememoramos todo el recital, desde el principio hasta el fin. Creíamos que así nos quedaría todo grabado, que el recuerdo sería accesible. Pero no.

«La noche del 30 de diciembre del 2004 estaba en casa comiendo con mi familia. Siempre cenábamos tarde. La televisión decía que se

estaba incendiando una bailanta de Once, les dije a mis viejos que eso era Cromañón, donde habíamos estado la noche anterior. Mi hermano Ramiro fue el primero en angustiarse. Él había ido más que nada para acompañarnos a nosotras y repetía todo el tiempo que no podía ser. Que era imposible. Cuando vimos que empezó a ascender el número de muertos mi papá decidió apagar el televisor. Ramiro tardó mucho en dormirse esa noche, dejó la luz prendida. Me acuerdo porque yo con esa luz no me podía dormir. A las cinco de la mañana, en el pulmón de manzana de mi edificio se empezaron a escuchar gritos desgarrados de una vecina. Mi viejo se despertó y fue hasta la ventana de la cocina. Yo lo acompañé. Estábamos los dos asomados y con frío. "Se le habrá muerto un hijo en Cromañón", dijo.

»A los quince años no pensás en la muerte. De repente, tuvimos que pensarla. Éramos muy chicas para entender».

La paciente de la doctora García sale del consultorio con la cara colorada, llorosa. Le pide a mi amiga un turno para dentro de un mes. La mujer me mira y sonríe. Anota el turno que le da Martina, guarda sus cosas en una cartera portafolio que tendrá más de una década de uso, y se va. De repente las dos nos estamos riendo arrugando muchísimo la cara como si el tiempo no hubiera pasado, tampoco esto de la adultez, del ambo médico, de los oficios, del contrato de alquiler, del recrear la catástrofe. Como si todo fuera parte de una broma demasiado inteligente y mañana tuviéramos que volver al colegio porque en la primera hora tenemos educación física y el único objetivo fuera meter cinco o seis goles.

Por primera vez en la tarde, Martina se pone seria. Saca su agenda, toma nota de algunos trámites que tiene que hacer por la mañana. Sin mirarme, me cuenta: «Hace poco supe algo de Manuel, tu ex novio, por alguien que lo conocía de jugar al fútbol en el Club GEBA con él».

Me gusta escuchar hablar a Martina. Su fijación con los dientes y con el pasado me lleva de las narices.

7

MANUEL

DOS EXTRAÑOS

«A los quince empezaron a pasarme todas las cosas por primera vez. Primeras salidas de noche, primera novia, primeras borracheras, primeras incursiones en el sexo, y tantas otras que por su condición de primeras, eran únicas y hacían que todo lo demás importara poco. *The Year of Living Dangerously* es una película de principios de los 80 y su título enmarca bien esos años que vivimos al borde.

»Esos días, cuando salía a la mañana para el colegio, me importaba más llevar la guitarra en la espalda que la mochila con la carpeta y menos que menos tener la tarea hecha. Algunas mañanas salíamos de casa sabiendo que al colegio no íbamos a entrar, nos juntábamos en la casa de alguno que sabía que sus padres no estarían, o a veces pasábamos la mañana en el kiosko de Charly, donde desayunábamos y hablábamos de música.

»Esperábamos que termine la clase para poder ir al recreo a tocar un poco la guitarra, algunos a fumar algún cigarrillo o un porro a escondidas en el patio o en los baños. Una vez que terminaba el horario escolar, nos quedábamos bastante tiempo más, sentados en la puerta del colegio. Era habitual pedirles monedas a los compañeros para comprar una botella de gaseosa retornable en el kiosko. También pasabamos la tarde enfrente del colegio —en el edificio de las oficinas de Aguas Argentinas— sobre la calle Riobamba al 700.

»Fuera de ese ámbito y por las noches, si no íbamos a algún recital, la salida clásica era ir a Paseo del sol, una galería a cielo abierto al lado del shopping Alto Palermo. Los grandes, los que tenían más de dieciocho, podían sentarse a tomar algo en los bares pero los menores no lo teníamos permitido. Lo que hacíamos entonces era juntarnos en las escaleras del lugar y armábamos una vaquita para comprar las bebidas que pudiéramos. Éramos sommeliers de licores baratos como el Mariposa o de vinos en envase de cartón, como el Casa de Troya.

»El sábado 18 de diciembre habíamos estado con varios amigos viendo a Callejeros en el estadio del club Excursionistas en Bajo Belgrano. Esa no era una fecha más, sino la fecha más grande de la banda hasta el momento y la presentación del disco *Rocanroles sin*

destino. Esa misma noche, Pato Fontanet anunció que iban a hacer tres fechas en Cromañón, un lugar que ellos mismos habían inaugurado allá por abril, y cuyo dueño era una persona que los había ayudado mucho cuando eran poco conocidos.

»El motivo de estas fechas era celebrar el crecimiento de la banda con unos shows más "íntimos" para la gente que los iba a ver siempre. Entonces, ¿cómo íbamos nosotros a faltar? Nosotros que todo ese año los habíamos estado siguiendo con nuestros catorce años.

»Ese mismo lunes salían las entradas a la venta y como mi economía se basaba en lo que podía guardar de lo que me daban mis viejos, las pedí como regalo de Navidad.

»La medianoche del 25 de diciembre del 2004 recibí de parte de mi mamá y de mi hermana, un sobre que tenía en su interior tres calcomanías con dibujos, en realidad eran las tres entradas para ir a los shows de Callejeros: 28, 29 y 30 de diciembre del 2004.

»Siempre íbamos en un grupo de por lo menos quince personas a ver a la banda. Ese 30 de diciembre fue la excepción. Al ser fin de año, algunos de los chicos se habían ido a la costa a pasar año nuevo con sus familias, otros ya habían ido a los shows anteriores así que ya varios no vendrían a la tercera. Otro factor que influyó fue que varios se enteraron de que esa misma noche, Los Ratones Paranoicos darían un show gratis en una plaza por Devoto.

»Éramos cuatro o cinco nada más. La noche del 30 de diciembre todos logramos salir, sin entender demasiado. Cada uno fue a buscar amigos o conocidos, y a ver en qué podíamos ayudar. Yo estuve buscando a mi primo, que siempre iba a ver a la banda. Una vez que estábamos todos sobre la calle Bartolomé Mitre me crucé con Maxi, el guitarrista de Callejeros, que estaba muy agitado. Me gritó que había visto a mi primo afuera. Eso me tranquilizó. Me quedé un rato más, tratando de dar una mano a todos los chicos que estaban ahí. Todavía no era común tener un celular a los catorce años. No muchos podían avisar a sus familias lo que había pasado. Yo pensaba que apagarían el incendio y volveríamos a entrar, que Callejeros seguiría tocando. Pero no. Después de media hora, me crucé con dos compañeras del colegio. Estaban con la madre y esa imagen me hizo pensar en mi familia y en vos. Empecé a caminar para mi casa que quedaba a doce cuadras.

»No sé si el *timing* fue perfecto: llegando a casa me encontré a mi mamá en la esquina, con cara de dormida, despeinada y con la cartera en la mano. Estaba yendo a buscarme. Nos dimos un abrazo muy largo y le dije que estaba bien. En el ascensor lagrimeó. Me tocó el pelo, la cara, la nariz. Me miró a través del espejo. Una vez en el departamento tuve que llamar a mucha gente para confirmar que seguía en pie.

Cuando hablé con vos lloramos en el tubo, y eso que a mí me costaba mucho llorar. Me preguntaste tantas cosas, te respondí lo que pude. Te dije que te amaba y que volvieras a la cama, que mañana estaríamos juntos. Cuando corté con vos, seguí llamando a otros. No importaba la hora, del otro lado todos estaban desesperados. Esa noche se oía murmullo en la ciudad. Esa noche nadie estaba durmiendo».

***

Los chicos de primero tercera tenían algo especial: siempre llevaban encima guitarras, pantalones anchos, remeras de bandas. Eventualmente, alguno caía con una rasta nueva en el pelo y eso era tema de conversación con mis amigas de primero cuarta. Sabíamos hablar bien inglés, nos peinábamos con una cautela ridícula a las seis de la mañana, poníamos especial atención en esos hombres futuros.

Los pasillos de planta baja del colegio Normal 1 se llenaban de alumnos y alumnas de primer año a la hora del recreo. Ahí podíamos ver con claridad la cara que tenían nuestros vecinos de otras aulas. Cinco divisiones por año. En medio de ese cúmulo de chicos en pleno crecimiento estaba Manuel. Castaño, pelo no demasiado corto, nariz protagonista. Casi siempre vestido con la misma camiseta de rugby aunque no lo practicara, y zapatillas de lona blancas. Después supe que Manuel se avergonzaba si traía puestas zapatillas nuevas, se las ensuciaba adrede para hacer las veces de hombre solo en el mundo, sin la dependencia económica de una madre rubia, psicóloga, que acariciaba un perro mestizo toda la mañana.

En una de esas caminatas matinales por los pasillos del recreo noté que Manuel llevaba puesta una remera de Los Piojos. Hacía tiempo que yo venía fascinada con ellos. Me había dibujado con un marcador indeleble el símbolo de la banda —una suerte de alienígena con cuernos firmes— en la espalda del guardapolvo de séptimo grado. Manuel, además de resultarme llamativo por su barba incipiente y su mugre perpetua, escuchaba la misma música que yo. Eso me dio cierta urgencia. Me revolvió el estómago de ansiedad y deseo. Lo que hice entonces no fue hablarle con palabras: me conseguí una camiseta de Los Piojos. Era roja con un estampado en el frente y un *87 —piojos,* según los números en la quiniela— en la espalda. Me la compró mi papá en un negocio de ropa usada, no le veía sentido a gastar plata en algo tan «pasajero». Un fin de semana, viajando en colectivo, le pregunté: «¿Alguna vez te gustó tanto la música como para ponerte una remera?» Respondió que por supuesto que no, y volvió la vista a la

ventanilla del colectivo. Me consolaba pensar que mi papá tenía un mundo interior enorme y que nuestro mundo ruidoso, no tenía nada para darle.

Así fue que una mañana, Manuel y yo caminábamos por el pasillo del Normal 1 con la camiseta de la misma banda. Nos miramos a los ojos. La atracción primera, además de la curiosidad del cuerpo del otro , estaba puesta en la música.

En ese momento manteníamos algunas conversaciones por *ICQ* donde yo le comentaba de mis ganas de aprender a tocar la guitarra. La red social compensaba la timidez del *en vivo*. Unas semanas después Manuel me acercó un papel y se fue. En el papel había escrito los acordes de la canción «Todo pasa» de Los Piojos.

Con una letra infantil, desarrolló letra, intros, estribillos, y diagramó en detalle cómo había que poner los dedos para tocar Fa, Do y Si bemol en el diapasón de la guitarra. Hacia el final de la hoja, había un recuadro mágico dirigido especialmente a mí:

«Bue, espero que la *sakes*, si no preguntame... No te enojes por mis jodas. Suerte. Manuel».

A la semana de recibir ese papel estábamos sentados al pie de unas escaleras, al costado del baño de mujeres del Normal 1.

—¿Ya sacaste la canción en la guitarra?

Mentí que sí.

—Qué rápido —dijo.

La construcción de la planta baja del colegio era antigua, y esos escalones símil marfil nos trasladaban instantáneamente a otra época. Eran fríos aunque hiciera calor, como si contuvieran la temperatura de otro tiempo. Manuel no me miraba a los ojos porque tenía nervios, y ese día se había puesto una remera de La Renga. Para ese entonces yo ya me había cortado el flequillo y recién me había comprado las zapatillas Topper celestes. Una rollinga en ascenso. A través del ventanal que daba al patio descubierto, podíamos ver cómo pasaba caminando un preceptor de tercer año cargando unos biblioratos, y cómo dos chicas corrían para llegar al aula sin tener que soportar el castigo de la media falta. Eran las once de la mañana y desde la calle llegaba también la frenada constante del colectivo 12, de Palermo a Barracas. Ese fue el inicio de tres años de confianza y besos de lengua.

—¿Escuchaste Callejeros? —me preguntó.

—Todavía no. ¿Está bueno?

—Sí. Son el futuro.

Hubo un silencio.

—¿Querés ser mi novia?

Esa noche, cuando ya sabía que algo malo estaba pasando dentro de Cromañón, no tuve novedades de Manuel durante una hora. Las opciones eran dos: vivo o muerto. Mi mamá me abrazó en camisón. Llamé a mi papá y lloré en el tubo telefónico, llamé a Martina, llamé a mi otra hermana que en ese entonces estaba embarazada de seis meses. Me asomé al balcón. Hice que rezaba aunque no sabía rezar. Manuel se comunicó desde el teléfono fijo de su casa. No tenía teléfono celular. Me dijo que estaba bien y todo lo demás. A la mañana siguiente apareció en la puerta de mi edificio de la calle Juncal con cara de no haber dormido. Todavía tenía puesta la remera de Callejeros que había usado la noche anterior. El hombre que oficiaba de vigilancia en el edificio lo miró con pánico, como a un mismísimo sobreviviente. Subimos al ascensor sin decir palabra. Entramos al departamento de dos ambientes y fuimos directo a mi habitación. Estaba el televisor encendido en el canal de noticias, en la pared, mis pósters de Los Piojos, Callejeros, de Charly García y Los Gardelitos. Nos recostamos en la cama y lo abracé. Nos quedamos dormidos.

Cuando se cumplieron diez años de Cromañón, Manuel me escribió un mensaje en el Facebook:

«Hola! capaz te parezca algo colgado, pero estas fechas ponen a uno a pensar y recordar, por lo cual me es inevitable que aparezca tu nombre, ya que fuiste vos quien me bancó y me contuvo aquellos días. Hoy somos prácticamente dos extraños, pero yo no me voy a olvidar nunca de eso. Creo que no te lo dije pero GRACIAS, en serio.

»Te mando un beso grande,

»Manuel».

8

JULIA

LENTA CON LAS EMOCIONES

Son las diez de la noche y Julia está chateando por Messenger con M y C. Ninguno consiguió entrada para ir a ver a Callejeros el 30 de diciembre en Cromañón. Julia tiene resistencia a los discos nuevos, prefiere lo clásico, lo conocido. Todavía no conoce las letras y ¿para qué iría?, ¿para hacer de cuenta que está cantando? ¿Y si alguien llegara a descubrir que está balbuceando la lírica sin conocerla del todo? Mejor se queda en su casa en Ramos Mejía, partido de La Matanza. Es la primera vez que se queda sola. La primera vez en el mundo adulto. Julia tiene diecisiete años y su madre viajó a la costa con su hermano menor y su novio. Ella no quiso ir. Así como tiene resistencia a los discos nuevos, también resiste a las experiencias de ese tipo. El Messenger es la nueva forma de estar conectada con sus amigos. Todavía no lo sabe usar del todo pero puede expresarse bastante bien a través de esas caras amarillas contentas, o tristes, o intermedias.

Nick name: Julia «87» «Santi: mi único héroe en este lío»

El Santiago al que ella le rinde culto en su nick name es su novio. Nicolás y Fabián, sus mejores amigos. Ellos sí consiguieron entrada para ir a Cromañón. Ahora los tres están entrando al recital y a Julia un poco de bronca le da porque, en el fondo, le habría gustado estar ahí. Hace cuatro meses que Julia y Santiago son novios y se besan en todas las esquinas de Ramos Mejía. Los vecinos los conocen por lo efusivos que son con la caricia.

El chat de Messenger se prolonga esa noche. Sus dos amigos también tienen bronca o envidia, aunque en el fondo hablar mal de los que están ahí también es un poco divertido. Julia se pregunta con qué canción arrancará la banda el recital de esa noche: si con la de los violines o con «La llave», la número uno de ese disco nuevo que tan poco escuchó.

Julia entra al baño. Se mira al espejo. Se acomoda los anteojos. Se peina el flequillo que se resiste a caer para abajo. Su baño tiene azulejos celestes y algunos adornos típicos de baño como bolsas bordadas con motivos de lavanda que sostienen los rollos de papel

higiénico o un cuadrito con la imagen de tres mujeres de vestidos largos que huelen flores. La casa está silenciosa y Julia piensa en qué estará haciendo su madre en la playa. Se mira la cara en el espejo, se estudia el blanco de los ojos. Le gusta lo que ve. Después abandona el pensamiento. Sale del baño y regresa instantáneamente al chat.

M, uno de sus amigos, instaló una conversación cuarenta mensajes atrás. Julia no entiende, así que sube con el cursor de la computadora hasta dar con el comienzo de la charla.

M—¿Vieron lo que está pasando en Cromañón?

C—No.

M—Prendé la tele, boludo.

C—¿Veinte muertos? ¿Qué onda? —dice C, y a-compaña sus palabras con emojis amarillos sorprendidos y dibujitos de fuego.

M—En Telefé dice que hay treinta muertos y diez heridos. No entiendo las imagenes igual. ¿Es Cromañón o es algún bulo de ahí cerca?

C—No, ahora estoy viendo América TV. Es Cromañón. Es el único boliche en la calle Bartolomé Mitre.

M—No puede ser.

C—¿Por qué no puede ser? Es donde estuvimos ayer. ¿No ves el paredón de ladrillo?

M—¿Pero cómo que se incendió?

C—¿Juli, estás ahí?

M—En C5n dice que hay más de quince muertos ya y que las ambulancias no dan abasto.

C—¿Qué? ¿Pero cómo aumenta tan rápido?

M—Estoy llamando a Santiago pero tiene el teléfono apagado.

C—Esperemos. Recién había empezado el recital, quizás ni habían entrado.

M—Fabián tampoco atiende.

C—Hay muchas ambulancias.

M—¿Qué hacemos? ¿Vamos?

C—No sé.

M—¿Julia, qué onda? ¿estás ahí?

Julia se aleja de la computadora.

Dos semanas atrás, Julia tuvo un sueño: una ola muy grande se tragó la mitad de una ciudad costera y hubo miles de muertos. Julia los vio y los olió. Se despertó temblando. Le contó a su mamá: «Fue un sueño vívido, te lo juro» Norma, la madre, la calmó diciéndole que el inconsciente tiene el poder de agarrar restos diurnos y convertirlos en películas, pero a Julia no le alcanzó con lógica. Siguió temblando.

Había soñado con un tsunami. ¿Y qué era un tsunami?

Les contó el sueño a su grupo de amigos: a Nicolás, a Fabián, a M, a C, y por supuesto a Santi. Su novio se asustó porque eso les pasa a los temerosos. La existencia de un tsunami o de un plato volador cerca de su casa le parecía absolutamente probable. «Pero, Juli, ¿por qué soñaste eso?», le preguntó mientras se iba poniendo pálido. Julia se rió y tuvo que tranquilizarlo.

Dos días después, en plena noche, Julia y Santi miraban la televisión. Hicieron zapping hasta que dieron con CNN en español. La voz en off sobre las imágenes describía: «Era una mañana soleada y apacible la del 26 de septiembre del 2004 en las paradisíacas costas del Sur asiático. Los bañistas y pescadores ya estaban en la playa mientras que otros miles de turistas y locales disfrutaban cerca de ahí. De pronto, los que estaban ahí notaron que en el agua se levantaba una ola nunca antes vista. Y no era una ola, era una montaña de agua de más de quince metros de alto y dos kilómetros de largo que se precipitaba hacia la costa a 700 kilómetros por hora. En cuestión de minutos, el océano arrasó con todo a su paso. Autos, camiones, casas, edificios».

Julia vio a una familia de sobrevivientes narrar a cámara cómo había sido volar en una ola inmensa y haberse salvado de milagro, y cómo vieron a tantas personas golpearse la cabeza a su alrededor con techos de casas, o vagones de trenes. Todavía había niños que no habían aparecido. Ahora, las imágenes mostraban una playa desierta y calma.

Santiago miró a su novia con un susto profundo. Julia se quedó muda y fue hacia la cocina a servirse un vaso de soda mientras se preguntaba si esto la convertía en una vidente.

Julia regresa a la computadora y los mensajes entre M y C llegaron a cien. La convencen, entonces enciende la televisión. El número de muertos asciende a cincuenta. Sus amigos insisten en el chat, no entienden qué pasa, y ahora el número de muertos volvió a escalar. Son las diez y media de la noche y Julia está sola en su casa por primera vez. Su novio y sus dos mejores amigos están en Cromañón, su madre en la Costa Atlántica, su padre en una casa en el otro lado de la ciudad. Julia vomita sobre el teclado de la computadora.

La madre de Julia duerme en una cama matrimonial junto a su reciente novio. Es una noche fresca en la costa argentina. Se despierta a las tres de la madrugada, sobresaltada, no sabe bien por qué. Mira por la ventana. El hotel ofrece varias opciones para una pareja mayor, masajes con piedras calientes, piscinas climatizadas, yacuzzis, niños

ajenos apartados de los adultos por el tema del ruido, árboles demasiado altos que alcanzan a taparlo todo. La madre de Julia se despabila y le da bronca. Estas deberían ser sus vacaciones y debería poder descansar. Acaricia la cabeza algo calva de su novio, que le devuelve un abrazo dormido. La mujer enciende la televisión del hotel y recorre canales de cable y de aire. Un predicador brasilero narra los síntomas específicos para saber si uno ha sido poseído por el demonio. A la mujer le interesa así que ahí se queda: los síntomas son varios y muy cercanos a ella: visión borrosa, mareos, náuseas, deseos de matar, ansiedad, depresión, cansancio. Todos y cada uno los experimentó alguna vez. En fin, se dice, y cambia de canal otra vez. Le llama la atención una noticia que se repite sobre un boliche bailable que se incendió en la zona de Once. «Qué pena», piensa, y piensa en los padres y madres irresponsables que dejaron que sus hijos pisen ese suelo. Recuerda el incendio del local Keivis en la Localidad de Olivos, allá por el año 1993. Le vienen a la memoria las dotaciones de bomberos luchando con unas llamas inmensas, totalmente amarillas, para nada naranjas o rojas. Los bomberos retirando cuerpos envueltos en bolsas verdes. Los jóvenes rubios y lacios dando entrevistas días después en la televisión, por ejemplo, en el programa del periodista Mauro Viale. Jóvenes desconsolados que relatan el derrotero, la primera llamarada, la primera sensación de olor a quemado y el deseo de seguir bailando sin importar qué. Recuerda el dato de que unos jóvenes prendieron fuego un sillón solo por diversión, y de esa picardía devino el desastre. Ahora la madre de Julia no piensa en nada más porque el cansancio la vuelve a voltear. No sabe qué fue lo que la despertó, sin duda algo insignificante, pequeñito, sin sentido. La última imagen que le queda antes de apagar el televisor es la de una ambulancia con la puerta trasera abierta, y adentro camillas, máscaras de oxígeno y algunos cables.

Es el 31 de diciembre del 2004 a la mañana. M y C se quedaron a dormir con Julia y ninguno pegó un ojo. Están solos pero juntos, en la casa de tres habitaciones de Ramos Mejía. La noche se hizo corta. Las cabezas de los tres están llenas de imágenes de humo. Apenas logran chupar un mate tibio. M y C regresan a sus casas para bañarse y cambiarse de ropa y Julia vuelve a quedarse sola. Se sienta en el living. Por el ventanal entra una luz plena: será un día destellante de verano. El noticiero ahora anuncia treinta y cinco grados y recién son las siete de la mañana. La mujer que conduce el programa no puede fingir, ella tampoco durmió. Lleva puesto el mismo traje celeste con pollera que tenía ocho horas antes, cuando anunciaba que el número de muertos

había ascendido a cincuenta y algo y que todavía muchos familiares estaban buscando en hospitales y morgues. Julia siente cierta familiaridad con la periodista de este canal de aire. Fue su compañera durante la noche, fue quien le dio la primera noticia sin entrar en detalles.

En el living de la casa de Ramos Mejía hay un sillón de tres cuerpos pero Julia elige el suelo. Ahora mira la pared con la vista perdida. Se le apaga el pensamiento. A la conductora del noticiero también parece habérsele apagado. La mañana del 31 de diciembre en Buenos Aires muchas personas no han dormido y están buscando, como zombies recién convertidos, el cuerpo humano que les corresponde. Pasan tres horas a reloj hasta que los amigos regresan a la casa y encuentran a Julia sentada en el living, mirando la pared. «Apurémonos», dice M. Ya es tarde. Pero Julia no le hace caso y se queda donde está.

Santiago y Julia iban al mismo curso del colegio de Ramos Mejía. Julia no era tan rollinga como Santi. Podía escuchar rocanrol pero eso no comprometería su modo de vestir, ni su peinado. Tampoco se llenaba de pulseras las muñecas, ni de esos trapos que se rodeaban en los brazos y se iban deshilachando con los lavados. Para Julia eso podía verse extravagante, a veces disruptivo, pero en el cuerpo de los otros. Santiago tenía miedo. Era sensible y próximo a la angustia. A lo que más le temía era a los ovnis, a que un día vinieran y se llevaran todo, que esa vida que conocía un día acabara de una manera muy trágica. Por eso, a menudo, miraba el cielo. Evitaba hablar del tema, aunque si por casualidad encontraba una noticia sobre nuevos hallazgos de objetos voladores no identificados, no podía evitar leer, leer y leer. Después no podía dormir, insomnio y mucha evocación a la revista *Más allá* donde tantos repetían lo mismo «¡te juro que los vi!». Santi tocaba temas de sus bandas favoritas en la guitarra y tenía una voz aguda, particular. Una voz no terrestre.

Santi falleció esa noche en Cromañón. Se asfixió. Nicolás también falleció. El novio y el mejor amigo de Julia murieron la misma noche.

El padre de Julia llegó a la casa a las ocho de la mañana y la abrazó. Le preguntó si había llamado a la madre y Julia respondió que no. Su madre tampoco se había comunicado con ella. Su padre fue funcional y la abrazó cuando tenía que hacerlo, la palmeó, preguntó lo que tenía que preguntar, compró botellas de agua para todos los amigos —el calor y el llanto los deshidrataba—, alcanzó a su hija al primer velorio. Una vez ahí prefirió no entrar, la esperó en el auto. Bajó las ventanillas y encendió la radio FM de los tangos.

Ya eran las diez de la mañana y el velorio de Nicolás acababa de empezar. «Qué velocidad», pensó Julia. En ese momento no entendía nada de nada. Evocaba el tsunami del sueño de la semana pasada y el miedo de Santi, sobre todo eso, la tragedia que al fin le había tocado al temeroso. Julia miraba la pantalla del celular con la sensación de que Nicolás y Santiago llamarían en cualquier momento para decir que estaban bien, que había sido un error, que estaban ilesos debajo de un árbol en la plaza Miserere. Pero al instante volvía a la realidad la certeza de que M había sido el encargado de reconocer los cuerpos; y Santi era Santi y Nico era Nico.

El velorio de Nicolás fue a cajón cerrado. Sus padres decidieron decorar la sala con la bandera de egresados del colegio, fotos de Nico y cartas que alguna vez envió o le enviaron amigos y maestros, trapos que él mismo había diseñado con frases de canciones de Callejeros, Los jóvenes pordioseros, La 25, Los Piojos, entradas de recitales pegadas por todas partes y música. Desde un equipo de música muy pequeño, colocado sobre una silla de madera al costado del cajón, sonaba uno de los tres discos de Callejeros. La madre y el padre de Nicolás decidieron eso porque su hijo lo hubiera querido así. Era imposible despegar el luto de la fiesta. Todo junto, muy pegado, la vida y la muerte en una noche de verano.

Julia abrazó a la madre de su mejor amigo y decidió irse. No quería escuchar ni un segundo más el track 3 del disco *Presión* de Callejeros: «Subir, bajar o reaccionar. Buscar salidas. Poder encerrar a la libertad y sacarle un poco de verdad».

El velatorio de su novio quedaba a pocas cuadras del de Nicolás. El padre de Julia le alcanzó nuevas botellas de agua fría, carilinas para el llanto, caramelos «Palito de la selva» para subir el azúcar. Julia aceptó todo. El padre volvió a acercarla a la casa velatoria y volvió a quedarse dentro del auto.

Sepelios Luchetti estaba lleno de gente que Julia no conocía. Familiares de su novio de los que alguna vez habrá oído hablar. Niños, niñas, señoras y señores mayores. Todos dormidos y confundidos, estacados en una pesadilla un poco larga. El hombre de seguridad de la casa de sepelios tenía la mirada desencajada, no podía ser funcional ni cuidar a nada ni a nadie. Los empleados estaban apurados. En una hora tenían otro velorio, después otro, y otro más. Hacía tiempo que no trabajaban tanto.

Julia caminó hasta el cajón de Santi. Estaba abierto. Una vez que lo vio tan quieto, el llanto se detuvo, como si se hubiera enquistado en algún hueco de su cuerpo. Llegó el mutismo. Para ella, eso era solo un

cuerpo. La esencia —o el movimiento— se habían retirado. Esta idea la contuvo. Para quien la mirara de lejos, era una imagen ilegal: una quinceañera sola mirando de cerca a su novio recostado dentro de una caja de madera. Julia abrazó a la madre y después al padre de Santi. Lloraron. Acurrucado en un sillón y medio dormido, estaba también el hermano menor de Santi, de pantalones cortos y mojado en transpiración. A Julia le sorprendió el parecido que tenía con Santiago: eran idénticos. Solo que un cuerpo era más acotado y el otro más grande, experto en guitarra criolla y muerto.

Julia volvió al auto con su padre. Recorrieron la ciudad durante una hora sin cruzar palabra. Lo único que sonaba eran tangos de una época en blanco y negro y un conductor que, cada tanto, recordaba el calor que hacía y los recaudos que había que tomar para evitar la ola naranja.

«No pensé en nada más. Tengo esa facilidad y es mi patrimonio. Soy lenta con las emociones», me dice.

Esa misma semana, en la Escuela Nro. 18 Santa María de Buenos Aires en Ramos Mejía, la Dirección organizó una conmemoración para Santiago y Nicolás. En un pasillo cubierto de planta baja, los alumnos de quinto año diseñaron una especie de laberinto con cartulinas y papel afiche que les llevó bastante tiempo y esfuerzo. Uno entraba en la estructura y la recorría como un museo. Lo que había para ver eran imágenes de los compañeros de todas las divisiones de ese año, fotos en el recreo, en una excursión, en una reunión del centro de estudiantes. En esas fotos estaba Julia, y quien la abrazaba con amor era Santi, y quien la empujaba con risa cómplice era Nicolás. Las fotos eran muchas, tantas que quien ingresaba al laberinto y no conocía a nadie, podía llegar a marearse.

Julia se animó a entrar. En ese entonces no podía decirle que no a nada: sentía que en todo tenía que acatar, tenía que estar. Era la culpa operando. Recorrió el laberinto, sonrió apenas, no lloró nada. Hacia el final del laberinto habían puesto unidas dos fotografías gigantes de Santiago y Nicolás. A su alrededor, como un santuario, todos podían firmar lo que quisieran. Julia se quedó casi una hora reloj mirando esas caras ingenuas y descreídas, tan vitales que daba bronca.

Recién el 13 de enero Julia llama por teléfono a su madre en la Costa Atlántica para contarle lo que pasó. «¿Cómo no me llamaste antes?», gritó la mujer. Julia le devolvió la pregunta. Las dos armaron un silencio interminable en el teléfono. De lejos se oía el mar, pero también el tren que pasaba por ahí cerca de las vías de Ramos Mejía.

Ahora Julia tiene treinta años y se va a vivir a otro país. No quiere volver, no quiere hablar más castellano. Lleva una campera de jean y pantalones de gabardina negros, anteojos y el pelo peinado para atrás, largo y pesado. Enciende la pantalla del televisor que le ofrece esta aerolínea de larga distancia y respira hondo. Busca películas de acción. Autos que chocan entre sí, vuelan, y después se incendian. Actores que salen ilesos, caminan por un pavimento liso y miran a cámara guiñando un ojo.

9

JOAQUÍN Y NAHUEL

SILENCIO ENTRE CANCIONES

Joaquín y Nahuel eran amigos de recitales y de curso. Se sentaban juntos en el Bachiller Pedagógico de tercer año de la secundaria Normal 1 Roque Sáenz Peña. No dudaron en sacar todas las entradas de todas las fechas de Callejeros. Tenían quince años y asistirían a las tres fechas de República Cromañón, porque eso es lo que hacían. Eran los que dominaban la calle. Los nocturnos.

La noche del martes 28 se reunieron dos horas antes en la casa de Mauri, otro compañero de curso, que quedaba cerca de Plaza Miserere. Además, la madre de Mauri nunca estaba así que tenían la casa para ellos. Había un patio en la parte de atrás que daba la sensación de estar lejos, de viaje en una isla del Tigre, cerca del río Paraná. Había un cuarto en el fondo, también, que Mauri usaba para tocar la batería cuando quería estar solo. Aunque para Mauricio Viñes estar solo era algo habitual. Su madre era azafata; siempre que podía traía perfumes de los viajes, así que en el botiquín de la casa había una gran cantidad de frasquitos de colores con fragancias especiales. La azafata madre compraba frascos para dejar asentada su presencia, colonizaba y después volvía a echar vuelo. Se hacían muchas fiestas en esa casa, con cerveza Quilmes, Fernet Fernando, vino en cartón, marihuana, puchos, chocolates, caramelos Butter Tofees, televisor encendido en un canal de cable, otro televisor conectado a dos joystick de Playstation.

La noche del 30 de diciembre, Joaco y Nahuel volvieron a tocarle el timbre a Mauri y él les abrió con aspecto cansado. Tres días seguidos viendo las mismas caras, haciendo dos horas de tiempo y alcohol para acercarse caminando a Bartolomé Mitre al tres mil. Nahuel tenía dolor de garganta y los ojos colorados.

Los tres amigos se tiraron en el sillón del living a escuchar *Rocanroles sin destino*, el disco que se presentaría esa noche. La tercera canción del disco tiene una introducción con violines y en el estribillo sentencia: «Sería una pena que un día me dieras por muerto y te helaras las venas, y me dejaras un tajo en la cara y un viaje al dolor por condena».

—¿Cómo van a hacer para entrar los violines al escenario? —

preguntó Nahuel.

—Ni idea. No creo que entren en ese escenario minúsculo —respondió Joaco.— Ya les queda chico Cromañón a estos pibes.

—¿Cuántos violines son?

—Tres.

—¿Qué sabés vos?

—No sé. Uso el oído.

La canción sigue: «Sería una real pena, no volver, no volver a tocarte otra vez» y los violines se funden en algo que ni Nahuel, ni Joaco ni Mauri entienden pero suena bien. Terminan la cuarta cerveza y salen al calor de la avenida Rivadavia.

Al lado de la puerta del boliche Cromañón hay un albergue transitorio. Los tres amigos se sientan a tomar una cerveza y a hacer tiempo ahí. Ese jueves a la tarde hay mucha gente en Plaza Miserere. Demasiada. Cuando ven salir a una pareja del albergue, le gritan cosas y se esconden uno detrás del otro. La pareja mira a esos nenes sin rastros de barba ni bigote, apenas un poco rígidas las venas de los brazos, y sienten pena o gracia. Tal vez no sienten nada. Los tres amigos se ríen tanto que vuelcan la bebida en la vereda. Hay un reguero de cerveza caliente derramada en Bartolomé Mitre al tres mil. Un río falso.

Cuando dan las nueve de la noche ya es hora de hacer la fila, por tercera vez consecutiva, para entrar a ver de nuevo a la banda favorita. Martes, miércoles y jueves.

Esa noche, la revisación de los policías dura más que las anteriores. Los tocan, los palpan, les hacen sacarse las zapatillas. El exceso les llama la atención. Una vez adentro, Mauri les avisa que se irá al piso de arriba para tener vista privilegiada. Esa noche hay el doble de gente que las noches anteriores. Nahuel y Joaco jamás elegirían ver el recital desde lejos. No hay nada como sentir que se está literalmente a los pies de un músico, estirar la mano y poder tocarle el cordón de la zapatilla.

El recital arranca temprano y termina temprano también.

Lo último que recuerdan es que se suben juntos al escenario. Ya se había cortado la luz. Alrededor suyo un núcleo de personas gritan. Se agachan detrás de la batería acústica con platillo. Están tan cerca de los instrumentos de sus ídolos pero el entusiasmo no existe. Se quedan callados. Es difícil respirar, cada vez más difícil.

Se dicen al unísono: «Esperemos».

10

NAHUEL

EMBELÉSATE AHORA, QUE ESTÁS VIVO

Subo en un ascensor plateado con Nahuel y el silencio es compañero. Los números rojos ascienden demasiado rápido en el marcador y nosotros los miramos mientras intentamos encontrar urgente alguna cosa para decir. Finalmente Nahuel nos rescata, heroico.

Me cuenta que se va de viaje.

—¿Te vas para siempre? —le pregunto.

—¿Siempre? Qué exagerada.

Nos reímos. En el espejo del ascensor se reflejan nuestros cachetes rojos. Nuestra sangre circula y se armó un rejunte ahí arriba en la cabeza.

Un martes al mediodía, Nahuel salió corriendo de un bar. Corrió lo más rápido que le permitió la gente que pasaba. Puede ser extraño ver gente llorar o correr por avenidas en plena tarde. Avanzó hasta la transpiración para escapar lejos de aquel bar, donde todavía estaba sentada su madre tratando de entender el enojo perpetuo de su hijo. Corrió hasta que una chica de pelo cortito le extendió un brazo.

—¿Nahuel? ¿Sos vos?

Se miraron fijo. Era la médica del Hospital Ramos Mejía.

Era el año 2005.

Nahuel tiene la mirada fija en el ventanal del living. Parece dormido, pero sin embargo habla. «A mí me gusta el procesamiento de señales y procesos digitales de audio. Eso acá no existe. Quiero crecer, encontrar mi lugar, no sentirme reemplazable. Sentirme más único o especializado. Ahora me contrató una empresa de audio super gigante. No me voy para siempre, pero no sé cuándo voy a volver».

El perro del vecino de arriba camina, da la sensación de que está ahí con nosotros. «No te preocupes, después de un rato te acostumbrás», dice Nahuel.

«Estaba peleándome con mi mamá en un bar, igual que al día de hoy. Mi mamá es psicóloga y yo creo que todos los hijos de psicólogos estamos un poco locos. Salí del bar caminando rápido y después me

puse a correr. Habían pasado cinco meses de Cromañón, podría decir que estaba físicamente recuperado.Cuando empecé las clases en marzo volvió la voz, como si la tráquea supiera. Estuve dos meses sin voz hablando en susurros. Todos tenían que hacer silencio cuando yo hablaba y eso era bastante molesto. No tenía capacidad de gritar o llamar la atención. Había muchas cosas que no se sabía cómo iban a seguir. Nadie sabía con certeza si me podía desmayar, si vería borroso, si podía perder la memoria o dejar de respirar repentinamente. Tenía que ir al médico todas las semanas a hacerme estudios. Nunca más volví a ver un médico tan seguido, por suerte.

»¿En qué estaba? Ah sí. Yo iba corriendo por Avenida Córdoba con mis piernas recién recuperadas. Frené en un semáforo y una chica de pelo corto se me quedó mirando. Sentía que la conocía pero no terminaba de ubicar de dónde. Fueron unos segundos un poco incómodos. Al fin me habló, me dijo que ella me había recibido en el hospital. Me regaló la escena que yo había perdido: chicos y chicas en el parque arbolado del Ramos Mejía, con carteles colgados del cuello que detallaban la gravedad que tenían. Yo estaba en el peor grado. Tenía mirada vidriática, creo que se dice así, no me llegaba oxígeno al cerebro y no respondía a estímulos. Ella se ocupó de mí con ejercicios de respiración y cardiovasculares. Parece que hicieron efecto rápido y empecé a respirar solo de nuevo. Me dijo que el jefe de guardia la apuraba, pero ella insistía en quedarse conmigo hasta que me sintiera mejor. Decidió entubarme, por las dudas, y buscó al anestesista. Me contó que lo encontró quebrado, llorando desconsolado sobre una camilla vacía. La cantidad de chicos y chicas que ya habían fallecido no le permitía otra cosa. El tipo no se podía mover, estaba en pánico, entonces ella abortó la idea de entubarme y me dejó con un respirador.

»A la hora, más o menos, recobré el conocimiento y empecé a hablar. A partir de ahí empiezan mis recuerdos: me encuentro en una de las salas de la guardia, de mosaicos celestes o blancos, sentado en una camilla con la mitad del cuerpo paralizado. Vomito un líquido negro dentro de un balde con más líquido negro que no sé si me pertenece, como una gelatina del demonio. Tengo las uñas y todo el cuerpo tiznados. Por algún motivo entiendo casi de forma inmediata la situación. La médica viene a verme constantemente. Le doy mis datos y el número del celular de mi papá que era el único que me acordaba de memoria. Ella estaba siempre apurada, eso sí recuerdo. Le transpiraba la pelusa de la frente, de alrededor de las orejas. Ya no llevaba puesto el delantal. Tenía su ropa de civil sucia, como si viniera de hacer un deporte.

»Mi papá llegó muy rápido porque estaba buscándome en ese mismo

hospital cuando lo llamaron. Pura casualidad. Toda mi familia se había distribuido en distintos hospitales. Increíble que todavía fuese de noche. Un nocturno eterno, como si fuera un videojuego de casas embrujadas. Le pregunté a mi papá por Joaquín pero no sabía nada. Tenía una mirada de nene asustado que no le conocía. Venía de tres ruedas de reconocimiento en la morgue judicial y me contó que en el patio de uno de los hospitales, bajo la luz de la luna había visto un tendal de cuerpos jóvenes recostados boca abajo y sin zapatillas. Le pareció oír el ringtone de un teléfono celular pero no encontró de dónde venía, y al instante sintió que sonaba otro. *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, *La sonata nocturna* de Beethoven, y así.

»En un par de horas llegó la ambulancia para llevarme al Instituto Argentino de Diagnóstico y Tratamiento. El traslado lo recuerdo apenas, como un estado de mucha fiebre. Creo que mi mamá ya estaba con nosotros. Una vez que llegué al Instituto me quedé profundamente dormido. Estuve dos días en terapia intensiva con una mascarilla de plástico verde. Tenía olor a pileta de natación mezclado con remedio para la contractura, algo así. Desperté quince días más tarde, en cuotas de conciencia. Las drogas seguían haciendo efecto. Tuve alucinaciones y conductas medio desbocadas. Me enamoraba perdidamente de las enfermeras.

»Esa tarde, la médica y yo hablamos a veinte metros de la puerta de mi colegio. Yo no estaba preparado para la información que me dio. Le pregunté si sabía quién me había sacado de Cromañón pero ella no tenía idea. Esa parte del relato es la que me falta.

»Sé que me desmayé en uno de los peores lugares que podía estar en el local bailable y fui uno de los primeros que sacaron. También fui uno de los primeros en ser atendidos en el hospital. En el medio de una catástrofe también se puede tener suerte. Supongo que para la médica debe haber sido fuerte verme esa tarde tan vivo, corriendo por avenida Córdoba. Cada tres frases repetía: “Nahuel, qué increíble. Nahuel”. Nos despedimos con un abrazo que me dejó oler su perfume. No le pregunté su nombre.

»Cuando pasó Cromañón yo era chico, por eso me recuperé tan rápido. Como los bebés, que se dan de lleno de cabeza contra la punta de un mueble y no les pasa nada. Son de goma. Si algo así me ocurriera ahora, no sé qué pasaría. El corazón ya no reacciona igual.

»Cuando salí del Instituto de Diagnóstico decidí ir a la casa de mi tía que era un lugar más neutral. En la casa de mi mamá y mi papá estaba todo muy tenso, así que esa parecía ser una buena solución parcial. Pero finalmente no fue tan así. El conflicto siguió. Soy hijo único, ¿sabés? Tengo todas las de perder».

Nahuel hace silencio y yo también. El perro sigue moviéndose allá arriba. «Convivo con estos ruidos», me dice y sonríe.

«Tomaba la misma cantidad de remedios que un anciano muy longevo. Pastillas para los nervios, por ejemplo, porque me quedaron dañados. La anestesia que me daban para la intubación era muy fuerte. Te relaja absolutamente los músculos para que no te muevas y no sientas dolor. Estás a un paso del coma inducido. Esa relajación prolongada destrozó las "dendritas", que son las encargadas de recibir los impulsos de otras neuronas y enviarlas hasta el soma de la neurona. Las dendritas nacen como prolongaciones numerosas y ramificadas desde el cuerpo celular. Vista desde un microscopio es como la ramificación de un árbol muy débil y muy pelado. Y no son totalmente recuperables, porque en vez de tener cien tenía diez, por ejemplo, y eso hacía que tuviera menos sensibilidad. A mis dieciséis años, ya tenía el sistema nervioso dañado. Ahora mismo lo tengo, aunque vos me veas tomando mate y no lo notes.

»Me empezaron a hacer miografías para comprobar químicamente la pérdida sustancial de sensibilidad. Era un estudio espantoso, eh. Estaba en un baile en el que me sacaban sangre todos los días, me pinchaban, me llevaban, me traían. Una cosa más no me podía molestar.

»El estudio se basaba en darte shocks eléctricos para que el músculo se contraiga. Además te pinchaban con una aguja, moviéndola adentro tuyo para encontrar en qué punto del nervio se estaba recibiendo el impulso eléctrico. Ahí entonces podían saber con certeza cuánta electricidad podía pasar por ese nervio, cuánta electricidad podías realmente sentir. Es lo más doloroso que recuerdo haber vivido.

»También tomaba medicación para recuperar mis dendritas y tenía que ir tres veces por semana a rehabilitación, más que nada en las manos para recuperar la sensibilidad en los músculos más pequeños. También tomaba medicación para sacar moco de los pulmones, y no me acuerdo qué más. Mi mesa de luz rebalsaba de blisters de medicamentos y yo era un robot, un Lego que se armaba y desarmaba de a piezas.

»A Joaquín lo volví a ver apenas salió de la internación. Fue un tiempo después que yo, justo el día de su cumpleaños, la primera semana de febrero, que también había sido el mío. Somos los dos de Acuario y cumplíamos dieciséis. Yo todavía estaba afónico. Él no. Estaba más deteriorado físicamente que yo pero tenía voz. Había mucha gente en ese "cumpleaños bienvenida". El padre de Joaquín había hecho asado y yo apenas comí. Estábamos los dos muy débiles. Nos quedamos sentados toda la tarde en unas reposeras, como un par de jubilados en Mar del Plata. Apenas podíamos reírnos de los chistes.

A veces la risa podía ser dolorosa también, entonces pedíamos que aflojaran con la humorada. Joaquín me pasó una botella de Coca-Cola que estaba llena hasta la mitad y cuando la fui a agarrar, se me cayó. Me olvidaba de que no tenía fuerza, todo el tiempo me olvidaba. Me dio tanta vergüenza que me puse bordó. La mamá de Joaco me abrazó como si yo fuera su hijo también. Me citó la frase de una canción de Miguel Abuelo que ahora no recuerdo.

»A la hora me pasó a buscar mi papá y me llevó de vuelta a la casa de mi tía. Me tocaba el medicamento de la tarde y la siesta profunda.

»En ese entonces caminábamos dentro de nuestras casas. No teníamos permitido salir mucho a la calle. Cuando el médico lo autorizó, podía caminar primero una cuadra y a la semana siguiente quizás dos. Yo aprovechaba para ir a la verdulería a conseguir cosas que faltaban en la casa. El verdulero se acostumbró a que le hablara en secreto. Generamos un código bueno. Nos terminamos haciendo amigos. La poca gente que me rodeó esos días terminaba entendiendo. Era tan de a poco todo. Había que acostumbrarse a la deficiencia pero yo me olvidaba todo el tiempo. Cierto, no puedo comer. Agarro la cuchara y me tiembla todo el brazo. Cierto, me tienen que dar agua con un sorbete. Cierto, tengo que pedir que me acompañen al baño. Y así.

»Lo impactante de empezar las clases era que todos venían a preguntarme. Sí, yo era el chico que había estado en Cromañón. Me tenía que acostumbrar a contar todo el tiempo el mismo relato. Lo abreviaba porque me aburría decir siempre lo mismo: «Me desmayé, no vi nada. Algo escuché pero casi nada. Estoy bien. Fin».

»Estaba empezando cuarto año. Los médicos me habían dicho que no podía viajar solo al colegio, sí o sí me tenían que llevar. Había muchas cosas que el cuerpo médico no sabía con exactitud. ¿Cómo iba a responder Nahuel neurológicamente? Al principio había miedo. No tener certeza asusta mucho a los médicos.

»La primera semana de clases me llevaron y me trajeron del colegio todos los días, incluso los profesores y profesoras tenían un trato especial conmigo. Confieso que yo un poco abusaba de mi estado. “No puedo hacer gimnasia porque estuve en Cromañón”, decía, y me volvía a mi casa. A los varones nos tocaba ir a un polideportivo fuera del colegio, debajo de una autopista, por el barrio de San Telmo. Quise evitar a toda costa que mi papá me esperara en un bar mientras yo miraba, sentado en un banco, cómo los demás jugaban al fútbol. Pero fue inútil».

Nahuel sigue mirando el ventanal del living y juega con el mate. Se lo pasa de una mano a la otra, un pase de manos eterno. Se olvida por completo de continuar el circuito. El perro del vecino es un vaivén.

«En los aniversarios siempre paso por el santuario de Bartolomé Mitre al 3000. Para mí es importante estar en esa cuadra y conectar con eso de vez en cuando, porque si no, de una u otra forma termina apareciendo. Hace poco me di cuenta de que empatizo mucho con sentimientos de dolor maternal. Cualquier madre desesperada por su hijo me produce un llanto inmediato, es como un gatillo. Sean dolores fingidos o reales, en películas o en noticieros, incluso en mujeres que corren a sus hijos o hijas por la calle para que no crucen sin darles la mano. Esa angustia me deshace. Yo no soy una persona que llora mucho, pero esto es extraordinario. No entiendo por qué, pero me pasa. Sospecho que hay una conexión inmediata que se generó con las mujeres que perdieron a sus hijos esa noche».

Detrás de un sillón de tres cuerpos, Nahuel tiene escondido un teclado de pie, un *djembé*, una guitarra criolla y un amplificador. Le pregunto para qué los tiene.

«Tengo instrumentos porque me gustan. Tocaba guitarra y percusión. Estudié batería pero la vendí hace poco para irme afuera. La guitarra se la voy a regalar a mi vieja, ¿o a vos te interesa?»

Vuelven a enrojecerse nuestras mejillas.

«Me juntaba cada tanto a tocar con amigos, pensé que sabías. Estudié desde los siete hasta los doce y retomé a los dieciséis, cuando me recuperé del todo. Me metí en una cuerda de tambores y entré para el lado de la percusión. Toqué candombe. Después dejé de tocar en bandas. Me gustaba más oír desde afuera, ir a la profundidad del sonido».

Nahuel prepara más agua para el mate aunque confiesa que no puede tomarlo muy caliente porque no es buena idea quemarse la garganta, la laringe, el esófago.

«Si voy caminando o en taxi y escucho Callejeros, al instante me vienen imágenes y me angustio. Le pido al taxista que cambie el dial sin pensarlo dos veces. Para mí no es música, es un ruido molesto».

11

JOAQUÍN

MILAGRITO

Son las siete de la mañana de un lunes de marzo del 2005. Es el comienzo de las clases en el Normal 1 Roque Sáenz Peña, sobre la avenida Córdoba, frente al edificio de Aguas Argentinas, repleto de mosaicos de colores de todos los tamaños y formas. Son las siete de la mañana y está empezando a hacer mucho frío. Acaba de hacerse completamente de día. En el patio, hileras de adolescentes miran cómo la bandera argentina asciende por la soga plástica. Dos chicas de jean y remera se unen en un ritual elemental que las convierte en abanderadas del primer día. Los cuellos de todos los adolescentes se arquean hacia arriba mientras el cielo despilfarra esa potencia de marzo.

Nicolás es el director del centro de estudiantes. Casi siempre está afónico, y tiene un tic nervioso que lo obliga a tocarse constantemente la garganta, como si desde ese control de mando pudiera arreglar algo. Las chicas de jean dejaron la bandera a media asta y volvieron a unirse a la fila. Ahora Nicolás pide la palabra, hace señas con los brazos para que nadie se desconcentre. No es él quien grita pidiendo orden, es Alicia, la vicepresidenta del centro de estudiantes. El movimiento de brazos en Nicolás denota liderazgo pero no hará más que eso. Es Alicia la encargada de poner en juego la voz.

Muchos adolescentes están al tanto de lo que pasa pero muchos otros no, sobre todo los más chicos. A los de primer año se les nota cierta actitud prepúber, se tiran del pelo, se cuentan secretos, se pisan las zapatillas nuevas. Pero ahí está Alicia pidiendo silencio, y lo logra, se hace un silencio total porque los chicos de segundo año en adelante no están con ánimos. Tienen los ojos turbios, como si todavía estuvieran deglutiendo una pesadilla.

Cuando Nicolás saluda a sus compañeros se hace un silencio. Piensa lo que va a decir. Confió demasiado en su poder de improvisación y ahora se enfrenta, otra vez, a todas las imágenes que vio en televisión, a los relatos de sus amigos, a los temores de sus padres. Toma la palabra y a lo único que atina es a pedir un minuto de silencio. Excepto los más pequeños que todavía un poco se ríen, los demás hacen caso. Las autoridades del Normal 1 se acercan al patio descubierto y también

hacen silencio, así como la mujer que atiende el *buffet* y las chicas de la fotocopiadora, el hombre y la mujer encargados del mantenimiento, la psicopedagoga, los profesores y las profesoras que van llegando, entre dormidos y cansados, el hombre que trabaja de seguridad en la puerta. En las ventanas del edificio nuevo de la estructura del Normal 1 Roque Sáenz Peña, se puede ver cómo de a poco se van asomando los niños de la primaria. Son cada vez más cabezas asomadas a las ventanas. Algo saben, sospechan. El ventanal de educación primaria está lleno de curiosos que miran serios hacia abajo, ese patio descubierto en el que un grupo muy grande de adolescentes y adultos mira el suelo en silencio. Todo el colegio está ahí, acompañando la bandera a media asta. Nadie habla, nadie se atreve, nadie podría siquiera intentarlo. Nicolás, finalmente, mira su reloj y agradece a todos haberse detenido un momento para pensar en los compañeros que ya no están. Cuando termina de hablar camina directamente hacia un chico que estuvo parado todo el tiempo ahí, con una remera de Callejeros, mirando hacia la pared. Se llama Joaquín y parece inmutable. Quien lo conoce se da cuenta de que está más flaco que antes pero sigue teniendo la espalda derecha, los ojos celestes, las zapatillas de lona. En las orejas lleva aros, tiene los dedos de las manos llenos de anillos de coco, de metal, y la mirada más desorientada de todo el patio descubierto del Normal 1 Roque Sáenz Peña. Alguien le ordenó que se quedara ahí adelante, como homenajeado, y él se quedó. Ahora Nicolás abraza a su amigo Joaquín con fuerza, y todos los adolescentes, los profesores, los adultos, los niños de primaria, los del *buffet*, todos, los miran. Nicolás y Joaquín son un abrazo magnético. Los grupos de adolescentes se empiezan a desconcentrar para volver a las aulas. Los profesores intentan dar órdenes que se pierden un poco en el viento del final del verano.

Nicolás hace fuerza, porque eso de que un presidente del centro de estudiantes se muestre débil delante del resto no es una opción, pero aun así los ojos se le llenan de lágrimas. Se quedaron solos en el patio y el llanto de Nicolás es ahogado. Desde el *buffet* llega el ruido de la máquina de café. Ya se activó el murmullo de las aulas. Joaco sigue recibiendo el abrazo y Nicolás no lo deja ir. Ese día todos descubren cómo la idea de la supervivencia tomó cuerpo en Joaquín. Nadie quiere dejarlo ir.

Después de una pausa vienen los pasos hacia las aulas aunque continúe el silencio. Zapatillas de muchas marcas rayan el suelo de granito del colegio. También hay bostezos. En la primera clase hay una fila infinita de números en un pizarrón verde. El profesor entrado en edad pero delgado, mira de reojo a Joaquín cada tanto, intentando sonreír, hacer de cuenta que estar en esa habitación por la mañana

puede ser un acto divino también. La clase de matemática parecerá eterna. Algunas chicas y chicos tomarán nota, otros en cambio, compartirán comentarios sobre un programa de televisión de la noche anterior en donde una pareja de baile cayó al suelo con disfraces de plumas. Joaquín intentará prestar atención al soliloquio de las matemáticas aunque sea inútil, siente que ahí afuera o adentro, alguien dejó la música en un volumen demasiado alto. Quiere que alguien la apague, por favor, que la guitarra eléctrica, el bajo, la batería hagan silencio. Es inútil. Una vez que se incorpora, esa música no para.

«Me desperté el 15 de enero de 2005 en una cama del Instituto del Quemado de Buenos Aires, después de una serie larga de sueños que parecían una especie de lucha entre la vida y la muerte, como dibujos de un cuento infantil de tapa dura. El bien, el mal. Sueños paradisíacos en los que me ofrecían todo y yo lo rechazaba pidiendo volver a mi casa. El 14 de enero me sacaron la anestesia y reaccioné con una violencia totalmente inconsciente. Aprendí que eso podía pasar: la violencia sin pensamiento. Ese día me quisieron hacer una traqueotomía porque reaccionaba mal a todo y mi médico creía que me moría. Sin embargo, al día siguiente me encontraron despierto y hablando sin siquiera una disfonía. Los cuerpos jóvenes se curan más rápido.

»Lo primero que recuerdo es al Dr. M entrando a la pieza. Yo no lo conocía, pensé que era un hombre vestido de blanco: un maestro, un estudiante. Me miró fijo, como en el momento cúlmine de una telenovela. Al notarme despierto se le llenaron los ojos de lágrimas; el que imaginé maestro o estudiante no quiso que lo descubrieran en ese estado de blandura, así que salió ligero por la misma puerta por la que había entrado. Ahí la enfermera, a la que yo le decía *Rosita* porque siempre llevaba puesto un ambo rosa, me contó quién era y lo que había hecho por mí.

»Pasé dos días más en terapia intensiva y me pasaron a terapia intermedia. En esos días me visitó mucha gente. Fue un momento de felicidad. Todos ellos estaban ahí por mí, como un cumpleaños eterno: amigos del colegio Normal 1, del Club Ferro Carril Oeste, de mi escuela primaria. Podía hablar poco, pero me alcanzaba con mirarlos, con quedarme en los detalles.

»Mi viejo me bañaba. Me ayudaba a salir de la ducha y me envolvía en toallones blancos. Me sentía muy chico, cada vez más. Miraba dibujos animados en la televisión. Me bañaban, me cocinaban lo que pedía, me festejaban los chistes. Compartía sala con gente muy quemada también. Recuerdo los gritos de un hombre de sesenta años

por el dolor que le daban los injertos de piel.

»Los médicos me decían *Milagrito*, y yo insistía en que me dieran el alta porque me sentía bien. Los cuerpos jóvenes se curan más rápido.

»Estaba empezando a caminar de nuevo. A la mañana mi mamá, o mi hermano me sacaban a dar vueltas manzana para empezar a agilizar de vuelta la musculatura. Un médico me dijo que a esa edad la recuperación es tan rápida que no tenía de qué preocuparme. Igualmente había tantos polos, tantas imágenes dando vueltas que no había una en concreto que me preocupara más.

»Fue a fines de enero, en mi cumpleaños de diecisiéis, que volvimos a vernos con Nahuel. Vino a visitarme. Lo trajeron los padres porque él solo no podía hacer nada. Estaba rabioso, no aguantaba más que le dijeran lo que tenía que hacer. A mí eso me causaba gracia pero no me podía reír mucho porque me quedaba sin aire. La alegría tenía que ser una sonrisa únicamente. Recibí mis dieciséis años acostado en la cama. Cuando quise abrir el paquete de un alfajor no pude, le tuve que pedir a Nahuel pero él tampoco podía. Eso también nos causó gracia. Hacía cuatro meses que no nos veíamos. Cuando yo me desperté, después de quince días de coma inducido, Nahuel se durmió. Eran nuestros cuerpos los que estaban desencontrados».

Después de siete años sin verse, Nahuel llega a la casa de Joaquín, en el barrio de Colegiales. Lleva facturas surtidas, sospecha que a su amigo todavía le gustan. En la pared de la casa de Joaquín hay una foto inmensa de una nena de cuatro años que sostiene el tronco de un árbol. Joaco le cuenta a Nahuel que esa foto siempre le gustó y la amplió en una imprenta para decorar el living. Joaco prepara mate mientras Nahuel pasea por la casa y descubre una parrilla en el fondo del patio. Es un artefacto bastante nuevo, de pocos asados. Nahuel se acerca despacio y la mira. Sabe un poco de parrillas, de las descargas de humo y la ventilación. Vuelve a la cocina y mira cómo Joaco se desenvuelve en su propia casa:

—¿Le pusiste piso ignífugo a la parilla?

Joaco lo mira fijo y se ríe. Empiezan a reírse los dos a la vez.

—Somos dos boludos —dice Joaco.

En el año 2006, el noticiero de Santo Biasatti del Canal 13 de Buenos Aires invitó a Joaquín a prestar testimonio. Él accedió. Joaquín tiene una relación muy fidedigna con la palabra. Encuentra fácilmente la forma de transmitir un mensaje.

A las siete de la tarde se presentó junto a su padre en la puerta del canal y los invitaron a pasar con una condescendencia automática.

Esperaron sentados en unos sillones a que algún productor los pasara a buscar. Emilio, el padre de Joaquín, estaba atónito ante tanta mesa de vidrio y jarrones, televisores planos inmensos, mujeres y hombres atareadísimos. Estaba en la antesala de la cocina donde se fabricaba todo aquello que se sentaba a mirar a diario, en su living de Devoto. Una mujer con muchas carpetas y folios buscó a Joaco y lo dejó en la sala de maquillaje, donde le pusieron polvo para quitarle todo el brillo de la cara. Invitaron al padre a mirar a su hijo a través de monitores en la sala de montaje. Cuando dieron el tercer bloque, el periodista eyectó las preguntas clásicas que se le hacían a un sobreviviente en ese entonces: qué recordás, cómo te sentiste, cómo te sentís, cómo se sigue después de esto. Emilio no quitó la vista de la pantalla que mostraba a su hijo de dieciséis años diseñando las respuestas más perspicaces que se hubiera imaginado. Cuando el entrevistador le preguntó qué recuerdos tenía de esa noche, Joaquín le respondió eso que el periodismo no tolera: ninguno.

El programa terminó en horario, los conductores muy serios bebieron agua. Joaco no quiso. Pasó por el baño a sacarse un poco de maquillaje. Se miró apenas en el espejo y salió. Estaba flaco, tan flaco como nunca había podido estar. Emilio lo recibió con un abrazo en el living improvisado del estudio.

Antes de salir del edificio, Emilio les preguntó a los productores del programa por una imagen que había visto en un móvil que cubrió la noche del 30 de diciembre. No estaba seguro, pero sospechaba que ese chico en cuero y pantalón de jogging negro que cargaban en camilla podía ser su hijo. La remera de Joaco había quedado tirada adentro, después de que se la sacó para ponerla en su boca e intentar filtrar el hollín que respiraba. El productor le contestó que ellos ponían imágenes de archivo y que no había un corte específico, pero que si querían podían quedarse a mirar el crudo. Emilio respondió que no instantáneamente, pero Joaquín quiso. No tenía ningún recuerdo de esa noche y necesitaba ver si veía el momento exacto en que lo sacaban a él, o a Nahuel, o a otros amigos. Necesitaba mirar todo lo que el canal pudiera ofrecerle.

Padre e hijo se sentaron juntos en una sala repleta de monitores apagados, salvo uno. Eran las diez de la noche ya. Un hombre con auriculares desde una cabina de sonido les preguntó si estaban listos y Joaco respondió que sí. Padre e hijo miraron cerca de dos horas de material crudo donde cuerpos tiznados se confundían con el negro del pavimento, del cielo nocturno, de los uniformes policiales. Los dos empleados de la isla de edición del canal aprovecharon el momento para cenar. Mientras conversaban, podían ver la cara de concentración

del adolescente en la pantalla. Joaquín estaba seguro de que verlo todo podía servirle. Lo que no sabía era para qué.

Las imágenes se proyectaban en cámara rápida, de otra forma podrían haber estado días. Y, sin embargo, nunca apareció la imagen que Emilio decía, y Joaco no pudo encontrar a nadie que se pareciera a sí mismo. Era extraño eso de buscarse en un video en un momento en el que no estaba consciente. Parecía el residuo de una pesadilla tras otra y otra y otra.

Después de dos horas, Emilio dijo que era suficiente y Joaquín estuvo de acuerdo. Los empleados del canal apagaron el único monitor. Padre e hijo se fueron del edificio después de abrazos de desconocidos y desconocidas. Solamente dejaron un casette sin ver.

12

JOAQUÍN II

TENGO VEINTINUEVE AÑOS AHORA

Joaquín lleva anteojos de sol aunque el día tire a nublado. Camina con aire seguro y sonríe muy seguido, como alguien que anda liviano. Estamos dentro de un bar que retumba como un boliche. Lo único que lo diferencia del escándalo nocturno es que la gente que nos rodea toma café. En la mesa de al lado, un grupo de psicólogos y psiquiatras hace su ronda semanal de supervisiones.

—Ese que está sentado ahí es mi terapeuta— dice.

Le respondo que no lo puedo creer. Que si quiere podemos irnos. Joaco vuelve a sonreír y le pide al mozo un café americano con leche, otra vez con esa firmeza de quien trabaja defendiendo el ecosistema en una ONG.

«Después de Cromañón la conocí a Sole y tuvimos una relación hermosa. Ella fue el amor y el descubrimiento de otra música. Pero no cuento esa parte cuando cuento mi historia. Cuento la guerra. Yo creo que necesito volver ahí dentro para salir. Como me sacaron inconsciente, el último recuerdo que tengo es todavía adentro. Una parte del telón del escenario se me cayó sobre la espalda, me mareé mucho, caí y me desmayé.

»En un momento le escribí a mi abogado para ver si había posibilidades de entrar a Cromañón ahora, trece años después. A la semana me contestó que era un trámite muy difícil y que no sabía si me iba a hacer bien. Le respondí que me dejara resolverlo con mis terapeutas. Después de algunas idas y vueltas me lo negó rotundamente. Por ahí me estaba cuidando.

»¿Sabés qué? Le escribí una carta al Papa. Quería ver si, en una de esas, lo podía ver. Cuando estuve internado Bergoglio me vino a ver. En ese entonces no era Papa, vino a ver a todos los que estábamos inducidos al coma farmacológico. A los días me desperté y me enteré de que la noticia de mi recuperación le había llegado a Bergoglio, con mucha sorpresa de su parte, porque para él yo era un caso muy difícil. A la semana siguiente mi mamá me contó que Bergoglio, que en ese momento era capellán, me quería invitar a una lectura a la primera

misa que se hizo por Cromañón en la Catedral. No sabía si decir que sí, la verdad es que nunca fui muy religioso, pero mis viejos me convencieron. El 30 de enero del 2005 estuve ahí. Fui con una camiseta del Club Ferro. Tenía dieciséis años, era un rollinga prototipo con un pantalón de jean roto, zapatillas Topper y un aro gigante. Así vestido leí el Evangelio.

»Muchos años después viajé a Roma por una acción de la ONG en la que trabajo y entonces se me ocurrió escribirle. Le conté esto a ver si me recordaba. Me metí en profundidad en la carta, le reproché injusticias de la Iglesia y le hablé de mí, de lo abajo que siento que estoy. Lo cierto es que no quería escribirle porque tenía mucho que recriminarle como jefe de esa institución católica, pero después me dio lo mismo. En un momento de mi vida, él fue alguien muy especial. Cuando daba misa yo lo iba a ver. Él me vino a ver y a los pocos días me desperté del coma cuando, en realidad, el pronóstico era otro. Espero que algún día me responda esa carta».

Chocan las tazas contra los platos de café en este bar céntrico. Es un momento de silencio y un chispazo en la memoria: Joaquín camina abstraído, como a punto de ser inducido por una nave alienígena, por el patio descubierto del segundo piso del colegio secundario. Mira hacia arriba y hacia adelante. No fija la vista en ningún lado. Usa zapatillas Topper estilo rollinga y anda solo, más por fastidio que por convicción. Paso caminando por al lado suyo y lo saludo con la mano. Apenas nos conocemos. Yo sé quién es él, pero no creo que él sepa bien quién soy yo. Su voz es finita y profunda. Él es un chico de cuarto año que acaba de recuperar el habla.

«Intenté ir a todas las entrevistas a las que me invitaron. Me parecía importante. Las tengo todas grabadas en seis VHS. Mi vieja se encargó del registro de todo. Una vez fui al programa *Mañanas informales* con el padre de una chica del colegio. Él era Legislador de la Ciudad y estaba muy cerca de las víctimas en ese entonces. Yo me recuerdo de campera de corderoy, chalina y jeans rotos. Cromañón nos puso en pisos de canales de televisión, vestidos así, para hablar y llorar en vivo. En un programa me preguntaron quiénes eran los culpables para mí y yo respondí: el sistema capitalista.

»Después de Cromañón fui a ver a La Renga al estadio Vélez Sarsfield. Me llevaron mi mamá y mi papá. Fue descomunal. Mientras tocaban la canción “Hablando de la libertad”, alguien prendió una bengala y Chizzo, el cantante, detuvo todo. Fue un momento vacío. Chizzo se descargó en el micrófono al borde de las lágrimas: “¿No te

das cuenta lo que pasó? ¿Los compañeros que murieron? ¿Vos estás loco o loca?"

»Yo estaba lejos, no sé qué fue del chico o la chica que prendió la bengala. Pasó como media hora hasta que pudieron volver a arrancar.

»Cuando nos mandan del Gobierno de la Ciudad a hacer algún trámite para cobrar por ser *sobreviviente,* es muy fuerte lo que me pasa. Toda la gente que está haciendo el papeleo estuvo en Cromañón esa noche conmigo. Tienen que vivir con ese recuerdo. Verlos hoy es singular. Me gusta mirar en detalle la evolución de esa tribu urbana. Ex rollingas haciendo fila para cobrar. Éramos pibitos y pibitas buscando nuestra identidad. Habíamos encontrado en la música algo contestatario. Verlos hoy con esos raros peinados nuevos es la imagen más clara del paso del tiempo. O aún peor: cuando te cruzás con alguien con flequillo y chalina de tela anudada al cuello, pareciera que esa persona no pudo superar ese momento. ¿Rollingas? No hay más rollingas. Cromañón arrasó con la costumbre. Solamente están en los conciertos de Los Gardelitos o Pier, o quién sabe dónde.

»Por mi parte, empaticé mucho con los músicos de Callejeros estos últimos años. Pasé por la etapa del desprecio y el odio y, por supuesto, sé que son responsables. Es lo que les tocó en suerte. Pero también es cierto que tenían entre veintitrés y veintiocho años y perdieron familares, novias, amigos, amigas. Me parece injusto que solamente Omar Chabán (1) y ellos hayan sido las caras visibles del terror. Sería bueno que pudieran reconstruir su vida también. Ahora pienso así. Quizás sean los años. Tengo veintinueve ahora mismo, soy del 89.

Nunca le tuve miedo a la oscuridad y a la aglomeración de gente. Hace poco estuve en el recital del Indio Solari en Olavarría y me sentí bien. Más de quinientas mil personas en un predio abarrotado pero al aire libre. En esos casos solamente necesito tener un lugar de donde agarrarme. No me gusta estar a la deriva. No me quedaron los miedos esperables, me quedaron otros. Por ejemplo, me cuesta mucho entregarme a disfrutar. Siento que cuando lo hice, me morí. Ahora estoy acá tomando café con leche pero a los quince años también se puede morir.

—Escribí un cuento que se llama «cicatriz»—dice.

—¿Lo terminaste? —pregunto.

—Sí. Creo que le falta desarrollo pero me conforma la idea.

—¿Y cómo es?

—Es una pareja en el aniversario número diez de la muerte de su hijo. Empieza con una imagen un poco erótica de la mujer envuelta en un toallón, recién bañada. Ella es la fuerte de la situación. Camina

hacia la cama y ahí está su marido hecho una piltrafa. Hablan de hacer un viaje, de reconstruir. No se sabe de qué murió el hijo, algo en relación a un juego en un bosque. El padre no puede salir de ese paisaje. Ella intenta convencerlo. Hablan un rato hasta que se quedan en silencio y él, con cautela, recorre el estómago de ella buscándole la cicatriz de la cesárea.

---

1. Omár Chabán: gerente del local República Cromañón.

13

VERA

YO NUNCA VI ALGO MUERTO

«Lo último que recuerdo de esa noche es hablar con la mamá de Vicki por teléfono. Me tocó decirle que su hija no estaba durmiendo en mi casa, que su hija le había mentido, que su hija estaba en Cromañón. Después vi todo negro. Me despertó mi hermanito a la mañana siguiente. No sé cómo llegué a la cama. Mis viejos asumieron que me quedé dormida parada, no se preocuparon demasiado. Mi hermano me zamarreó. Yo había babeado dormida.

»—En la lista figura una María Victoria. ¿Será tu amiga? —me preguntó mi hermano.

De la cocina venía olor a café».

Vera está más cerca de los treinta que de los veinte. Arreglamos el encuentro por redes sociales. No nos vemos hace más de diez años. En el Normal 1 nos cruzábamos apenas en los pasillos durante los recreos. Tengo imágenes fugaces. Vera sentada en las escaleras, Vera fumando un cigarrillo en el baño, Vera con los ojos llorosos en el medio de una clase de Historia. Llega a casa un martes a la tarde y le ofrezco agua, mate, café, pero no quiere. Trae su propia botella verde de un morral tejido en lana. Vera habla bajito, como si quisiera ocupar el menor espacio posible en el ascensor, en el living, en la charla.

—¿Qué dice tu tatuaje? —le pregunto.

—Adonde me lleva la vida. Es un disco de La Renga. Solamente tengo tatuajes de ellos.

—¿Te siguen gustando?

—Los sigo desde que tengo catorce.

La banda de hard rock La Renga se formó en 1989 en Mataderos, zona oeste de la ciudad de Buenos Aires. Es un trío formado por Chizzo, Tanque y Tete. Chizzo, el cantante, tiene una voz de ultratumba, como esas películas de terror que trauman en la infancia. Un vampiro bien maquillado, una lastimadura supurando, una máscara de muerto vivo muy bien lograda. Hasta que llega un adulto y te recuerda que no, que todo eso es un set de filmación y nadie está sufriendo de verdad. Lo

mismo pasa con la voz de Chizzo: parece monstruosa pero sólo son cuerdas vocales más anchas o flexibles haciendo su trabajo.

«A mí lo que me gusta de La Renga es que me parecen super lejanos, gente que nunca en la vida voy a conocer. Es el fanatismo en su máxima expresión. El año pasado tocaron en Huracán de nuevo y fui. La última vez que La Renga tocó en Capital fue antes de Cromañón, por eso fue tan conmocionante haber ido de vuelta ahora. El año que viene voy a ir a su gira en México. Ya tengo pasaje y entradas. En el 2014 dejé la facultad para hacer toda la gira por el Sur, La Pampa, Neuquén, Puerto Madryn. Dejé todo y me fui».

Vera me trajo su carpeta de quinto año del colegio. Las hojas Rivadavia están intactas. Vera Sugue, quinto tercera. En la tapa, una calcomanía blanco y negro con una inscripción: El rocanrol no morirá jamás.

«A mí no me gustaba ir al colegio. No tengo un buen recuerdo del Normal 1, para mí mis mejores amigos estaban afuera de ahí. Yo me quedaba dentro del aula en el recreo. Mis amigas eran Vicki, Mariana y Andrés».

Me muestra un pedazo de pelo de Vicki, hecho un bollo entre papeles y entradas a recitales.

«Nos intercambiamos mechones de flequillo y cada una se guardó un pedazo en un folio. Creo que ya es hora de tirar todo esto», dice.

También hay una foto de Vicki, Vera y Mariana en dos bancos del aula de tercer año. Posan mirando a cámara, con ojeras de la mañana y las manos entrelazadas.

«Yo venía del Nacional 6, un colegio de pibes del Bajo del Once que habían repetido y tenían que trabajar para ayudar en la casa fuera del horario escolar. En cambio en el Normal 1 casi nadie sabía lo que era eso. Se pasaban la tarde en la puerta, en las escalinatas de *Aguas Argentinas,* fumando porro o tocando la guitarra. Les pedían plata a los viejos para ir a recitales o para tomar clases de música. Una clase media demasiado cómoda para mi gusto».

Vera sonríe y toma agua de su botella. Me pide que se la recargue.

—¿Segura no querés un café?

—No, gracias. Te agradezco.

«Yo no fui a Cromañón. No me dejaban ir a ningún lado. Para mis viejos si yo iba a un recital, me podía morir. Tenían muchísimo miedo, no sé por qué, entonces yo tenía que mentir. Mentía mucho. Y Cromañón reforzó su teoría, lamentablemente.

»La navidad del 2004 me habían regalado diez pesos. Esa semana fuimos con Vicki a comprar las entradas de Callejeros, por supuesto no les conté a mis viejos, pero cuando estábamos en Locuras a punto de pagar, yo no encontré la plata y no pude comprar la entrada. ¿Suerte? No sé. Vicki compró la suya y yo no.

»Al día siguiente de Cromañón nos juntamos todos en la puerta del colegio, ¿te acordás? Yo estaba con mi mamá, vos estabas con Manuel. Ahí nos enteramos dónde era el velorio de Vicki. Nos repartimos en colectivos y taxis para llegar. Hacía un calor muy fuerte, nos bajaba la presión como si no fuéramos nada. El Normal 1 estaba a cuadras de la Morgue Judicial. Una mujer que pasó caminando nos preguntó dónde quedaba.

»Yo nunca vi algo muerto. Mi mamá salió de la sala velatoria y me dijo: "Si vos querés entrar, entrá. No es la persona que vos conocés". Y yo decidí no ver a Victoria. Creo que eso me ayudó bastante a no pensar. Fue una amiga que de repente dejé de ver, y ya.

»Ese fin de año lo pasamos en la costanera comiendo choripán con mis viejos y mi hermano. Terminamos temprano y volvimos a casa. Me dormí mirando un reality en donde un grupo de personas se reúne para refaccionar casas ajenas.

»Prender una bengala no es un delito pero es un desastre. En un recital de La Renga hará seis años se murió un pibe. Prendieron una en un lugar muy grande, un estadio a cielo abierto. Era una de esas bengalas de los barcos. Le explotó en el cuello a un chico. No se corrió mucho la noticia porque fue una víctima sola pero, ¿una bengala otra vez?

»Fui a uno de los primeros recitales de Callejeros después de Cromañón. Acá tengo la entrada. Fue en el Estadio Mundialista de Mar del Plata, un estadio gigante, meses después de la absolución de los músicos, en el año 2010 para ser más exacta. Tocaron más de tres horas, fue uno de los conciertos más tristes del mundo. Iban de una canción a la otra, como hipnotizados.

»Después de una hora de tocar sin parar, el cantante Patricio Fontanet dijo: "Buenas noches, Mar del Plata. Qué linda noche". Le respondieron con gritos que no decían nada, ni hola, ni gracias. El público se golpeaba entre sí, como bebés que al no poder hablar lloran o se tiran al piso. Nunca me pegaron tanto como en ese recital. Me tuve que poner hielo en algunas partes del cuerpo cuando volvimos al hotel con mi amiga. La sensación era que Callejeros tocaba sin tocar, como si estuvieran profundamente dormidos. La gente no escuchaba tampoco, sino que sintonizaba imágenes de dolor. Nuestros cuerpos estaban ahí, pero nosotros estábamos en otra parte. Había ira y tristeza contenida a

pasos del mar del sur. Un concierto de ciegos y sordos que todavía no lloraron lo suficiente».

—¿Por qué quisiste ir? —le pregunto.

—Creo que quería ver a Callejeros, como Vicki.

Vera y yo hacemos silencio. Toda su adolescencia está desperdigada en la mesa de mi living.

«Hay un tema de La Renga que para mí es todo esto. Dice: “Yo corría desesperado, sentía el ardor de una herida abierta. Estaba el ángel ahí tirado, y en sus ojos habló la tristeza”.

»Me alivia saber que la última vez que vi a Vicki fue en el bondi 109. Ella se bajó antes que yo. Después de saludarla con un beso le dije: “Cuidate”».

14

JORGE

NUBE DE PLOMO

«Nos enteramos porque mis hijas llamaron por teléfono a casa. Las atendió Juan, mi hijo mayor, que en ese entonces ya casi no iba a recitales. Fuimos mi mujer, Juan y yo hasta Plaza Miserere. Estábamos tranquilos porque sabíamos que las chicas estaban bien. Al llegar me encontré con un cuadro de guerra. Tuve que taparme los oídos. Nunca había escuchado tanto ruido de noche. Se aspiraba un olor pesado, desagradable. Mis hijas estaban sentadas en un banco de la plaza. Las abracé, estaban bien. Habían salido las dos por la única puerta. La menor temblaba y no decía palabra, igual ella es un poco así. La mayor lloraba y mostraba señales de realismo. Mi hijo tenía los ojos inflados, parecía una máquina de señalar situaciones trágicas. Me miró y me dijo: "Papá, aunque seas obstetra quizás podés ayudar". A mí hasta ese momento no se me había ocurrido. Quería llevarme a las chicas y alejarme lo más posible de la muchedumbre. Ana fue a comprar gaseosa para mi hija menor que tenía la presión baja y yo me adelanté. Mis hijas necesitaban estar con la madre.

»Intenté reanimar a más de diez adolescentes con técnicas de primeros auxilios. Fue imposible, había que hacer demasiada fuerza, quebrarles los huesos. Caían como cucarachas. Mi hijo me insistía con que entrara a Cromañón a ayudar. Yo sentía mucha ira pero no tenía idea por qué ni con qué. En ese momento tenía bronca contra ese edificio viejo y gastado, lo único que representaba el mal. Le hice caso a Juan y entré. En ese momento me sentía como una criatura en un barco que se hunde. El pasillo hasta llegar al boliche era corto. Me llevé la mano a la nariz y empecé a respirar por la boca. Tenía puesta una camisa de manga larga porque en mi casa estaba fresco, pero ahí dentro ya estaba empapado en transpiración. Era imposible respirar. Era como estar debajo de agua estancada. Apenas se veía nada ahí dentro. Lo único que iluminaba eran luces de emergencia, esas que se encienden en los edificios cuando se corta la luz. Hice mucha fuerza para ver y respirar. Fuerza contra nada y contra todo a la vez. Lo que vi no me lo olvido más: ahí arriba como una presencia en el techo, vi una nube negra muy fina y larga. Parecía de cemento o de alquitrán. No se

movía, no era vaporosa. Parecía pintada con material, como una señal de tránsito o algo del más allá. Yo no creo en los fantasmas, pero esa nube parecía hablar.

»Salí caminando del boliche y respiré hondo. Una hilera de cuerpos alrededor mío y yo, el médico que no logró salvar ninguna vida. Caminé hacia la plaza y ahí estaban Ana y mis hijos. Nos quedamos en silencio los cinco. Juan se prendió un cigarrillo. No sabíamos que fumaba, nos enteramos esa noche.

»—¿Pudiste? —me preguntó Juan.

Le mentí que por suerte sí.

»A las pocas horas, Ana y mis hijos me tuvieron que llevar a la guardia del Hospital Churruca. El lugar estaba repleto así que tuvimos que esperar bastante. Llegué con palpitaciones y el pecho cerrado. Después de que me vio un médico y dijo: “Angustia”, me largué a llorar. Fue como el desborde de un dique».

15

AEROSOLES, CORDONES DE ZAPATILLA Y CHAPITAS DE GASEOSA

Plaza Miserere es el centro neurálgico del barrio Once. Todo el tiempo, a cada milésima de segundo, algo está pasando ahí. Hay manteros en cada cuadra que venden, entre otras cosas, juguetes a pila con forma de perro o gato que caminan y encienden punteros láser rojos en los ojos de plástico, gente que viaja desde zona oeste a trabajar en la capital y gente que regresa a sus casas, personas que duermen en la vereda, en la plaza o al lado de un poste de luz, puestos de patys procesados, panchos con papas pay, garrapiñadas, gaseosas de limón, dietéticas o agua mineral. Chicos y chicas que avanzan pidiendo monedas como si vivieran arriba de una montaña rusa, con los ojos inyectados en sangre y el cuerpo hecho un hueso que solo puede flotar. Miserere es un rectángulo que nunca descansará, plagado de mujeres y hombres que trabajan ofreciendo su saliva por hora y de perros que vagan sueltos porque nadie los quiso.

La calle Bartolomé Mitre al 3000 permaneció cerrada durante siete años después de Cromañón. En el año 2012 comenzaron las obras que abrieron un tramo paralelo para darle un nuevo lugar al santuario que rinde homenaje a las víctimas. Ese rincón, vecino de la terminal de la línea 68 de colectivo, repleto de murales con graffitis que dicen *Nunca más* y zapatillas de lona marca Topper colgadas de cables de luz. Ese rincón de la ciudad es un lugar sagrado.

Siempre que paso por ahí, en el colectivo o a pie, encuentro mujeres y hombres sentados en el suelo o en un banco emplazado a lo largo de la calle. Están rezándoles a sus hijos, hijas, sobrinos, amigos, parientes cercanos o lejanos. Miran las fotos con detenimiento, igual que yo ahora, y encuentran que esas caras están cada vez más borrosas. La humedad y el tiempo hacen eso con velocidad sobre las cosas que quedan quietas a la intemperie. También hay gente que está de paso, que se sentó ahí porque necesita un rato para almorzar en silencio mientras escrolea en el celular. También están los más jóvenes, esos que no saben bien qué es Cromañón, qué fue lo que pasó ahí. Están los curiosos, los que vienen para imaginarse cómo y qué tan grande pudo ser. Están los mayores que les narran a esos jóvenes, les muestran los detalles de ese museo que se improvisó ahí, con inscripciones,

aerosoles, y cordones de zapatilla.

En tres marquesinas medianas hay fotografías de algunas de las víctimas que perdieron la vida la noche del 30 de diciembre. Ahora mismo esas facciones son la parte por el todo. Las edades de esas caras en fotos carnet son una punzada en el estómago, van desde los meses de vida hasta los treinta años aproximadamente. Adriana, quince años; Pablo, nueve; Abel, veinticinco; Federico, dieciocho; Jorge, veintidós; Pedro, veinticuatro; Roberto, veintisiete. Un chico que se llama Andrés tiene un altar propio, con una foto en la que se lo ve sonriente, de flequillo fino y mojado. Lo mismo ¡Diego! escrito así, con signos de exclamación, en una foto carnet envuelta en un marco de color plata, con una insignia clara que asegura que su alma viajará por los cielos y navegará los mares cuando se haga justicia. Debajo, firma su familia entera. Y ahí detrás, en un paredón que se conserva nítido en blanco con letras negras, los nombres de ellos y ellas, los ciento noventa y cuatro o tal vez sean más, como una lista de asistencia. Una guarda amarilla pintada a mano tiene la leyenda: «Ahora y siempre».

Antes de volver a irme de acá, paso por la puerta del local Latino Once que —según la inscripción— es un bailable clase C, también conocido como El templo de la Guaracha. La noche del 30 de diciembre, al recibir la llamada de mi hermana, asumí que ese era el boliche incendiado. Mi deseo era que mi hermana se estuviera equivocando y que la tragedia estuviera ocurriendo a la vuelta, en ese local. Iuminado con luces led, con capacidad permitida para mil quinientas cuarenta personas y dibujos de llamaradas de fuego o arabescos rojos y plateados. Pero no fue así. Mientras me alejo pido disculpas por lo bajo. No quise pensar eso, querido Latino Once, Templo de la Guaracha, pero lo pensé.

16

EL DÍA QUE APAGARON LA LUZ

Vivía con tres amigas y esa noche nos quedamos jugando a los dados en el living. Solo una de nosotras escuchaba rocanrol, a mí me parecía una música espantosa. Esos solos de guitarra tan desprolijos, esos pibes y esas pibas todos sucios cantando en la calle o en la plaza. V. encendió la tele a la una de la mañana y vimos el caos. Recuerdo gente que había logrado salir ilesa y contaba a cámara, a duras penas, que tenían que entrar de nuevo a buscar más gente. Estaban apurados por dar el móvil al canal de noticias porque tenían que correr a salvar alguna vida. El cuerpo de bomberos no era suficiente, eso decía la placa de Crónica TV. Llamamos a amigos, mandamos mensajes, salimos al balcón como cuando querés verificar si el corte de luz es en todo el barrio. Nos quedamos prendidas al canal hasta las cinco de la mañana cuando, finalmente, cortaron la transmisión con una publicidad de TeleCompras detrás de la otra. Después nos fuimos a dormir. Esa noche soñé con dragones.

Estaba de vacaciones con mi familia en Pinamar, por eso no fui a ver a Callejeros. Apenas supe lo que había pasado, empecé a llamar a mis amigos con los que siempre íbamos a los recitales. Pude hablar con todos. Me contaron muy brevemente lo que había pasado. Estaban muy shockeados. Mi amigo Ale Villa pudo salir rápido y tuvo que volver a entrar a sacar a la hermana, que había quedado adentro. Al día siguiente, Ale me contó que el que no aparecía era Osval, un pibe que jugaba con nosotros al fútbol. Nunca entendí por qué Osval no pudo salir. Era chiquitito, habilidoso y muy rápido.

Ay, Cami, qué difícil dejar este mensaje. Lo hago porque te quiero, si no, no lo haría. Espero que tengas en cuenta eso. Para mí todo recuerdo es un invento. La historia demuestra ser anacrónica. Pero aquí voy: Sé que estaba manejando por la ruta, estaba perdida a la altura de Lobos. Finalmente me ubiqué, no sé cómo. A los veinte hacía esas cosas y no me entraba pánico. Oí la noticia a duras penas en la radio. Llegué a destino y me dormí profundo. ¿Qué será Cromañón? No tenía idea. Al día siguiente recuerdo haber hablado con Fernanda, una chica que me cuidaba cuando yo era chiquita. Ella estaba de guardia esa noche, era

instrumentista en el Hospital Ramos Mejía. Me contó que los celulares sonaban y sonaban y nadie los atendía.

Ese verano me fui solo al Parque Nacional Los Alerces, en el sur. Había armado la carpa en un camping que estaba a seis kilómetros de la Intendencia del Parque Nacional. Vi la noticia en un televisor muy chiquito dentro de la casilla del guardaparques al día siguiente. Miramos un rato largo mientras fumábamos un pucho detrás de otro y decíamos: «No te puedo creer, qué barbaridad, qué horror». Teníamos la garganta seca así que el tipo me convidó vino tinto que tenía apoyado en una biblioteca. Tomamos varias copas y me fui caminando con un mareo fuerte. Era una tarde tibia, así que me puse la malla y me fui a pescar. Se me escapó una trucha a las siete de la tarde y me quedé sin cena. Esa noche era año nuevo. Tenía una botella de champagne y la enterré. Sentí que tenía que quedarse ahí. La pasé solo, mirando el cielo hasta que se hizo de día.

Yo estaba en España. Había viajado con mi hermano porque teníamos un tío allá. Me enteré por noticias extranjeras así que lo viví con una distancia especial. Al mes, cuando volví a Argentina, encontré que muchos amigos y amigas habían estado en Cromañón. Entre ellos Facundo, un compañero del Liceo Nro. 9 que después de esa noche no fue la misma persona. No te sé decir por qué. A veces se queda mirando algo un rato largo sin hablar. Se mete para adentro como un gato.

Estaba en Bolívar. Hacía unos años que vivía en Capital pero pasaba las fiestas allá. Esa noche salí a una fiesta en el bar de Carlitos pero volví temprano porque una amiga que estaba embarazada se emborrachó. No la estaba pasando bien. Cuando llegamos a mi casa, dejé a mi amiga en el sillón de la sala y me puse a ver televisión. En todos los canales estaba Cromañón. No llegaba a entender lo que estaba pasando. Para mí era ciencia ficción. Apagué las noticias bien de madrugada porque se me cerró el pecho. Me quedé cerca de mi amiga por si empezaba a vomitar. Me pareció bien cuidar a alguien esa noche.

Estaba comiendo un asado festejando un año de que me había egresado del colegio con mis compañeros y compañeras.

La noche del 30 de diciembre estaba en casa con mi hijo Franco. En la madrugada anterior había fallecido el abuelo de mi marido, y en lugar de viajar los tres juntos a pasar fin de año a Junín, mi marido se fue antes. Creo que desde el nacimiento de Franco no pasábamos una

noche separados, por eso me costó irme a la cama y me quedé mirando la tele. Vi los primeros datos, retaceados: «Incendio en el boliche 'El Reventón' en Once», decían. Aún no había Cromañón, ni cifras, ni zapatillas.Algún noticiero mencionó a la banda Callejeros.

Me dormí.

Al día siguiente fue un bombardeo de datos y testimonios espantosos. La palabra Cromañón se resignificó en pocas horas. Llegué a Junín con Franco que, aunque tuviera tres años y no entendiera nada, estaba muy molesto. No quiso saludar a su papá y no dejó de llorar en toda la tarde.

Cuando volví a Buenos Aires me enteré de que mi mejor amigo había estado en el boliche. Se había quemado las piernas y no sabía quién lo había sacado de ahí, porque escapar por sus propios medios se le había hecho imposible. «No te preocupes, está bien», me repetía su hermana al teléfono. Corté y me puse a llorar fuerte. Franco me miraba desde la puerta de la habitación, no pude evitarle esa escena.

Yo no sé para qué querés que te cuente qué estaba haciendo esa noche. Me parece morboso y no le interesa a nadie. No entiendo qué querés hacer con esto y tampoco me importa.

Volví de México el 31 de diciembre del 2004 sola en un avión. Tenía trece años. Había estado viviendo allá y mi papá se había quedado. Cuando se enteró, me llamó muy preocupado desde el Distrito Federal porque Cromañón era muy cerca de mi casa en Buenos Aires. Estaba desbordado de angustia. Al día siguiente me enteré de que una amiga cercana había sobrevivido. Cuando hablé con mi papá, se lo conté y entre lágrimas dijo: «A partir de hoy, creo en Dios». Eso me quedó grabado. ¿En Dios? Mientras te cuento esto estoy haciendo la fila para el cajero del Banco Provincia.

Yo recién había vuelto a mi pueblo, 25 de Mayo, a pasar las fiestas. Encendí el televisor antes de salir a Dromedario, el boliche de la zona, y vi todo. Uno de mis amigos que también era de 25 de Mayo iba a ir al recital, pero yo no sabía si todavía estaba en Buenos Aires. No usaba celular y el número de su casa daba constantemente ocupado. A la hora sonó el timbre de mi casa y apareció él. Nos abrazamos mucho. Esa noche nos emborrachamos hasta el desmayo.

Estaba en la ruta. Manejaba mi mamá. Viajábamos solas. El auto estaba caliente, era una noche espesa, como si se fuera a largar una tormenta eléctrica. Me llegó un mensaje de texto de mi amiga

Fernanda. Quisimos encender la radio pero no teníamos señal. Repasé mentalmente a quién podía conocer ahí adentro. Todos hacíamos eso, repasábamos posibles muertos o heridos cercanos. No se me ocurrió nadie. Mi mamá se puso nerviosa y todavía faltaban cinco horas de ruta. Paramos en una YPF. Tomamos café mirando el televisor del local mientras amanecía. Estábamos magnetizadas. Era como mirar una fogata.

No sé dónde estaba.

Mi primo fue porque era músico. Lo habían invitado y ni conocía a la banda. Vivió todo eso y salió caminando. Se tomó el 41 en la avenida Pueyrredón.

Te mando un audio desde el baño del trabajo. Yo no tengo un recuerdo concreto. Seguro estaba en la cama. La que la pasó pésimo fue mi tía. Cuando dieron la lista de las víctimas en televisión había un chico que se llamaba igual que yo, mi nombre es bastante común. A mi tía le agarró pánico y a la vez no se animaba a llamar a mi mamá. Se pasó la noche en vela preguntándose si su sobrino Cristian estaba vivo.

Estaba embarazada de seis meses y seguramente durmiendo. Al día siguiente te llamé. Estabas triste pero ya te habías calmado. Salíamos a la ruta con Pablo para la costa. Estuve todo el viaje mareada, agarrada a la puerta del auto. Parecía que de repente todo lo peor podía pasar.

En los recitales de Callejeros siempre se hablaba de que era la banda más bengalera de todas. Siempre que sonaba la canción «Callejero de Boedo» había un pibe vestido con la camiseta de San Lorenzo, que prendía dos bengalas: una azul y otra naranja. Se subía en los hombros de otro y agitaba como loco.

Me acuerdo que la primera vez que escuché un cd de Callejeros fue en el micro que nos llevaba a hacer deportes. Era una copia pirata de *Sed.* La primera canción de ellos que escuché fue «Jugando».

En ese momento éramos un grupo grande de rollingas en el colegio. Escuchábamos Los Piojos, La Renga, La 25, Viejas Locas, Ojos locos, Jóvenes pordioseros, Guasones.

Cada tanto íbamos a bailar a La Reina. Nos juntábamos con amigos rollingas de otros colegios y salíamos. Hacíamos la previa escuchando discos. Tomábamos vino en cartón con jugo en polvo Tang. Me acuerdo de ir en el 41 con los que salíamos desde Belgrano, y juntarnos en una

esquina de la Plaza Miserere antes de entrar a Cromañón a ver bandas. Nunca había estado de noche en el barrio Once y todo me parecía amenazante, peligroso, pero estar en grupo nos envalentonaba.

Una conocida de mi mamá me obligó a brindar ese año nuevo. Yo no quería. Me dijo: «Cambiá la cara, ya está, no es tan grave» y me encajó una copa de vidrio en la mano repleta de sidra, champagne o alguna de esas bebidas con gas y alcohol. Miré a mi mamá como suplicante y ella me abrazó como pudo. Estábamos solas ese año nuevo, como todos los demás, y como no quisimos quedarnos en el departamento fuimos a pasarlo a la casa de unos amigos de ella. Esther era una ignota para mí pero era la que preparaba los postres. Todos la querían mucho por eso, su generosidad con el azúcar y su fidelidad con la alegría. «Dale, brindá que después te vas a arrepentir si no». La miré a los ojos profundo y la odié. Dejé la copa en la mesa y me encerré en un baño desconocido, de esos amigos no tan amigos, y me hice un bollo al costado del inodoro. Mi mamá golpeó la puerta pero no la dejé entrar. Oí los fuegos artificiales desde ahí adentro. Alguno me asustó más que otro. Quería estar con mis amigos reales pero solamente teníamos quince años y estaba obligada a pasar las fiestas con la familia. Cuando salí del baño, Esther tenía preparada una porción especial de torta de limón para mí. Me dijo: «Disculpame, nena. Comé esto que te va a hacer bien. Cambiá la cara». Su pedido seguía siendo el mismo, que deje de amargarle el año nuevo al resto.

¿No te parece que las cañitas voladoras son como lobos que aúllan pero en agudo? Como sopranos histéricos y peludos.

Tenía doce años. Estaba en «Pina», en el hotel de mis viejos y justo estaba la tía Negra haciendo unos tomates rellenos de atún en el departamento tres del hotel. Yo no escuchaba rocanrol pero mis primas sí. Querían ir a ver a Callejeros pero no las habían dejado, son unos tanos evangelistas medio raros. Mi tía Negra después decía: «Viste que no tenían que ir». Llegué tarde a las cosas. Para mí fue como cuando murió Rodrigo, el potro cordobés. Conocí su música cuando él ya se había ido.

Estaba trabajando de moza en un restaurant en Puerto Madero. Entraba y salía de la cocina. Los cocineros escuchaban la radio FM Mega 98.3, así que se iban enterando. A medida que entraba y salía de la cocina el panorama empeoraba. En una mesa que atendía yo, una pareja mayor atendió una llamada telefónica. Ella entró en

desesperación. Le alcancé un vaso de agua. Me pidieron la cuenta y la entregué lo más rápido que pude. Esa noche el restaurant cerró más temprano y nos fuimos todos a nuestras casas.

Yo estaba durmiendo. Mi hermano andaba paseando por la zona en bicicleta. Empezó a ver una cantidad descomunal de ambulancias que iban y venían en contramano por avenida Rivadavia. Se acercó a la calle Bartolomé Mitre y empezó a preguntar qué pasaba. Un linyera borracho que dormía en la calle dijo incendio, local bailable, bomberos, no mucho más. Mi hermano se prendió un pucho atrás de otro y se quedó al lado del tipo mirando cómo se desenvolvía el caos. Detalles tiene, y muchos, pero no los quiere contar.

¿Fue año 2004, no? Estaba en Tandil. Me preocupé bastante porque tenía un amigo, Paco, que sabía que podía estar ahí. Le mandé un mail y me lo contestó unos días después. Había estado y se había ido un rato antes de que se encendiera la media sombra. Vi a mis amigos del barrio al día siguiente, charlamos mucho, tomamos cerveza. Se hablaba de eso todo el tiempo. Era el tema de conversación. Las listas, los heridos, lo grande que era Buenos Aires y lo grandes que eran las cosas que podían pasar allá.

No veo chicos jóvenes rollingas, veo gente de entre treinta y cuarenta. Creo que esa tribu murió un poco con Cromañón.

Estaba nadando en una pileta de concreto en una casa de Morón. Mis tíos habían alquilado la casa entera para pasar las fiestas. Hacía más de treinta y cinco grados esa noche, me parece, y yo tenía trece años. Hacía competencia de aguantar abajo del agua sin respirar, un futuro apneísta. ¿Sabías que el récord es de un alemán que aguantó 22 minutos? No sé si en una pileta o en el mar, pero es el número uno en el mundo. Duré unos tres minutos hasta que salí y ahí escuché ruido dentro de la casa. Gritos o pasos. Salí rápido del agua y sin secarme entré por la puerta de atrás. Mis primas miraban televisión en piyama y decían: Carolina, Carolina. Yo no sé quién era Carolina. Entendí que había una catástrofe en Buenos Aires pero la viví como en un sueño. Apenas miré en el televisor la imagen de un chico de torso desnudo corriendo por la calle descalzo y me volví a la pileta. Era una noche estrellada.

Tenía dieciocho años. Había sido mi fiesta de egresados hacía poco. Estaba reunida con amigos y amigas en diferentes casas. Esa noche

estábamos juntos también. Habíamos hecho una fiesta de egresados hacía poco tiempo en Cemento, el local del mismo dueño que Cromañón y eso me pareció extraño. Volví a la madrugada a mi casa y vi todo en la tele. A la mañana siguiente, mi mamá abrió la puerta de mi cuarto dos veces para constatar que yo estuviera durmiendo en mi cama.

¿Te acordás que en una época había locales de pirotecnia marca Júpiter en la calle? Eran como stands libres, sin un edificio, emplazados en esquinas de avenidas importantes de la ciudad. Vendían bastante, sobre todo en épocas de Navidad y Año Nuevo. Yo casi nunca compraba esas cosas. Una vez vi que a un chico de la casa de al lado, que no tendría más de diez años, le explotó una bomba de estruendo en la cara. Se ve que venía fallada. No perdió un ojo, no le pasó nada, pero el chico se quedó mudo por unos meses. Del susto será, o de la sordera. No quería o no podía hablar. Después de Cromañón no vi más esos puestos de pirotecnia por la calle. Ahora solamente venden por internet. Es difícil no asociar la pirotecnia al caos.

Estaba en la guardia de un hospital público del oeste. Tenía fiebre y la garganta inflamada. Hacía una hora que no me atendían. Un hombre que barría constantemente la sala prendió el televisor en un canal de noticias. Se sentó a mirar conmigo. Estuvimos atentos al móvil de Canal siete alrededor de dos horas sin hacer ningún comentario. Me volví a mi casa a las tres de la madrugada sin que me viera ningún médico. Tuve náuseas.

Estábamos en un casamiento con Mariana. Era una parejita joven, la novia era la hija de un compañero de la oficina. Esa misma noche viajaban de luna de miel a Cataratas del Iguazú. El animador de la fiesta dijo por altoparlantes algo así como: «Está habiendo una tragedia ahora mismo en un local de Once. Si alguien necesita comunicarse con sus seres queridos, pueden hacerlo». La mitad de la gente que estaba en el casamiento no escuchó lo que el tipo decía. Me pareció poco serio que lo comunicara así. Al rato empezó a tocar un dúo, covers de clásicos de los ochenta, y en el medio de «Take my breath away» una mujer pegó un alarido. Me acuerdo como si hubiese sido hace un rato. Tenía un vestido incómodo y apretado. Gritó, se agarró el pecho, y salió corriendo de la pista de baile del salón. Mariana y yo nos quedamos en el casamiento. Comimos, tomamos mucho alcohol, bailamos el carnaval carioca. A la mañana siguiente vimos las listas y entendimos.

Eh, bueno. Estábamos las dos en casa. Era una noche de mucho calor. En un momento llamó tu hermana Tamara para avisar del incendio. Vos empezaste a llorar desesperada diciendo «mamá, Manuel está ahí». Llamamos a su casa y hablamos con su madre, ella estaba saliendo para allá. Vimos un espectáculo desgarrador en televisión. Ambulancias y corridas. Al rato te llamó Manuel que había salido rápido del boliche. A la mañana siguiente se enteraron de que había muerto Victoria, tu compañera del colegio. Manuel vino a casa y se quedaron en la habitación, apichonados.

El día anterior a que fueras a Cromañón no encontrabas el documento y yo te dije que sin eso no podías ir. Para mí eso me venía a solucionar la resistencia tan grande que tenía a que fueras a ese lugar. Pero al final lo encontraste.

17.

AULLIDOS Y STROBO

2018

Fui a un recital en un teatro sin butacas. Una banda de punk pop presentaba su tercer disco. Fui porque me invitaron y porque el plan me pareció lejano y entonces novedoso para mí, en este cotidiano rondando los treinta que casi nada tiene del *en vivo* musical. Creo que el último recital al que fui, parada e incómoda por el cuerpo ajeno, fue a ver la banda de roncarol argentina El Bordo en el Bar Marquee de Palermo en el 2006. Tengo apenas flashes de luz en la memoria. Mi grupo de amigas llevando la garganta hasta las últimas consecuencias, mechando con vasos larguísimos de cerveza tibia. Había amigos con estampas de bandas en pantalones, mochilas y camperas. En ese entonces, los locales de música ya cumplían ciertas reglamentaciones. Había pasado Cromañón hacía poco tiempo y nadie quería correr el mínimo peligro. Detrás del breve cúmulo de gente se podía respirar y yo me quedaba ahí, porque quería seguir respirando.

Antes de ir al recital de anoche pensé: ¿Estallará de gente? ¿Habrá aire? ¿Podré?

Al llegar pude ver a un grupo de treintañeros y treintañeras fumando marihuana y tabaco, abrigados de jean y cuero pero transpirados. Charlaban mientras miraban sus relojes en el celular o en la muñeca. El recital estaba a minutos de empezar y con mi amiga Rocío fumamos un cigarrillo sentadas en el cantero de un árbol en la vereda de enfrente del tumulto. Nosotras también teníamos que fumar antes de entrar, son costumbres que se contagian. Empecé a sentir el temblor compañero en las manos, el que te espera, el que te sueña, aquel que reza cada noche por tu amor.

Entramos al teatro con los primeros acordes de una canción. El temblor siguió aunque percibí que el lugar no estaba lleno para el desaliento. Estaba lo justo de lleno, hermosamente plagado. Y miré, miré mucho: la líder de la banda es una chica de pelo rubio y espeso que le cae a los costados. Lleva puesto un traje como de Xena, la princesa guerrera, pero en dorado y negro. Las piernas están cubiertas por medias de red y pega aullidos al mismo tiempo que las luces de strobo nos dan directo en la cara. A mí, a ellos, a nosotros. Tengo la

sensación de que este efecto lumínico no existía en el 2006, solamente recuerdo algunas luces de colores primarios en los recitales de rocanrol, apenas algún truquito que nos ayudara a empatizar hasta la emoción o la locura sana. La chica salta y hace bailar su pelo espeso, se alegra cada tanto, su risa bien podría ser la magia de los roncanroles y nos cuenta que ahí debajo en el tumulto está su madre. «Es la primera vez que viene a verme, estoy muy contenta. Quiéranse, hijas y madres, hagan eso de quererse». Y entonces aplaudimos esta sencilla brújula. Al lado de ella, dos hombrecitos finos como alfileres masajean una guitarra y un bajo. Y ahí detrás, idéntica al cisne negro de la película que vi más de tres veces, la baterista pega con fuerza sobre el redoblante y acompaña con su cara de incendio. Hacía tiempo no venía a un lugar cerrado a escuchar cantar. La gente a mi alrededor baila y dice las canciones. Yo no puedo hacer lo mismo. Primero, porque no sé las letras, y segundo, porque el tiempo pasó y bailar en un recital no es algo que me haya sido dado. El pudor es una estampida ahora. La marea de gente es un vaivén y cuando se despeja logro ver que una chica de pelo verde se sube a los hombros de un chico. Ahí pienso: quiero congelar este momento. La chica revolea los brazos y el chico que está debajo la hace saltar. La última vez que vi algo parecido fue en un casamiento de una pareja que apenas conocía. Qué lejos de la juventud que estoy, ¿cómo dejé que esto pasara? Entonces me vienen a la cabeza, y también a la panza y a la espalda, sensaciones muy claras. Tengo quince, dieciséis. Llevo calzas y campera de jean, remera de Viejas Locas, una bandera que yo misma pinté. Estoy cantando al borde de las lágrimas en los hombros de mi primer novio que, además de agarrarme de los tobillos para no dejarme caer nunca, me mira con un amor que nunca más. La música en vivo hace que todo alrededor esté vivo. Somos un vivero a mediodía. Estar en la altura, arriba de todas esas cabezas bañadas de luz, puede ser la salvación de este cotidiano que se tiñe de gris urbano cada vez más.

Ahora el guitarrista, de pantalón calcado a la pierna y remera con dibujitos de fuego, deja el instrumento a un colega amigo y con un micrófono sale a pasear por el escenario para aullar palabras de cariño y desprecio a su público. Parece un niño menor de doce con un juguete muy propio en navidad. Acaba de recibirlo y tiene que salir a verificar su funcionamiento en la vereda.

Desde abajo del escenario puedo verles el capricho y la transpiración. El brío y la fortaleza también son cosas que puedo envidiar. No porque haya olvidado alguna forma de vida, pero sí dejé de lado la euforia: esa que alimenté durante tanto tiempo. Esa que, por ejemplo, se siente en la compañía al músico en la reproducción fiel de

su disco nuevo. De la escritura vuelta canción. Porque, vamos, ¿qué hay más movilizante que la emoción ajena por algo que nos surgió, sin querer, en una tarde de inspiración?

Ahora los lugares donde tocan bandas ya no rebalsan de gente y eso salva, tanto al show como al público. La concentración con lo que pasa en el escenario está garantizada. Los punk pop repiten «Halloween, Halloween» y una pareja de chico y chica se besan hasta los pómulos metiéndose las manos debajo de la remera, al ras del culo. Para ellos, cantar es también besarse hasta el hartazgo. Entro al baño del teatro porque sí, porque quiero entrar nomás, porque quiero ver sus canillas y bachas. En el cubículo hay un espejo gigante, entonces me miro. Es curioso: puedo verme los diecisiete. Algo de la comisura del labio y el despeine, algo del desparpajo, de que no importe demasiado lo que vendrá después, la media hora en el 24 rumbo a casa, el lavado de cara y de dientes, la entrega al sueño para empezar temprano, otra vez, el día siguiente. Shh. Ahora eso no.

Cuando vuelvo al núcleo de gente noto que el temblor se fue. El recital está terminando y los músicos se tiran sobre la gente, se sacan fotos. Hay un vapor de adolescencia que nos emborracha. Abrazo a mi nueva amiga, como en aquel entonces abracé a Julia, a Martina, a Yanina, a Manuel, como si Cromañón no hubiese pasado, como si la mayoría de las cosas perdieran peligrosidad. Está bien este entusiasmo, lo merecemos. Abrazo a mi amiga que también ronda la treintena y le digo: dale, Rocío, aunque no sepamos la letra, cantemos este bis.

18

REPITE ESTRIBILLO HASTA EL FIN

2018 EN ADELANTE

Mi scusi, un caffé?, pregunta Martina cerrando la carta. La camarera apenas le responde con un gesto de hombros porque acá se hace así. Martina se mira en el reflejo de la vidriera y le gusta lo que ve. Hay poca gente a esta hora de la mañana y en el mostrador del local, dentro de frascos de vidrio y bandejas, una cantidad importante de budines, facturas y bizcochuelos. Este amanecer huele a vainilla y Martina está sola pero recibiendo todo lo nuevo. *Grazie, signora*, es lo que le dijeron que tiene que responder y ella lo hace, aunque el acento no sea el ideal. La dentadura de la camarera tampoco lo es y Martina no podrá vivir, jamás, sin poner foco en las bocas ajenas. El café es espeso y gustoso, será el primer mundo que está impreso en los detalles. Ahora Martina se coloca unos auriculares blancos y canta una melodía latina para que tanta extranjería no le haga temblar la taza que le baila en los dedos. Hoy es un nuevo día en este haberse ido y espera por favor tener a alguien con quien cruzar palabra cuando atardezca.

Saca un brazo por la ventanilla porque detesta el humo propio mientras fuma. Ahí afuera hay un verano denso. Si el auto se le quedara parado acá, probablemente se derretiría como un postre de leche fuera de la heladera. Le transpira el agujero de la nuca y una canción en inglés se repite hace dos kilómetros. Analía, la psiquiatra, le dijo que tenía que mirar el mar. Siempre que pueda, estar cerca de una superficie sin límites, infinita al ojo. Yanina le hace caso. No es la primera vez que viaja hacia algún confín y eso le hace bien. Le detiene la angustia, le baja las pulsaciones.

Encuentra una YPF al costado de la ruta dos. Autos metálicos de colores primarios se hacen compañía debajo de una mediasombra y filas de mujeres esperan para entrar a un baño lleno de moscas y mosquitos. Yanina hace lo mismo y mira con envidia a los hombres que entran y salen de los mingitorios como si sus cuerpos, en algún punto, fueran divinos. Yanina se prende otro cigarrillo. Enciende el teléfono y ahora son ocho las llamadas de su madre, y los mensajes que caen uno encima del otro con sinónimos de ¿estás bien? o ¿estás viva? Cuando

sale del baño se compra una bebida con guaraná y la bebe de un sorbo debajo del rayo del sol, mientras una nena de flequillo espeso le escupe las zapatillas nuevas después de hacerle una mueca repulsiva.

«Las ballenas son animales magníficos por su gran tamaño y por ser pacíficas y misteriosas. Sus viajes migratorios suelen ser más largos que los de cualquier mamífero en la Tierra. Ellas son las embajadoras del mar y un ícono de lucha para proteger el planeta. En la actualidad, su cacería sigue siendo una amenaza aunque otras causas ambientales también estén afectando seriamente su supervivencia. El cambio climático, la contaminación, la destrucción del hábitat y la pesca descontrolada, son solo algunos de los problemas que deben ser abordados de manera urgente si queremos un mar saludable para las ballenas y para todos los seres que en él viven y las comunidades que de él dependen». Cuando Joaquín termina de decir estas palabras, un amontonamiento de colegas activistas lo aplauden conmovidos. Joaquín agradece agachando la cabeza. Tiene una seriedad profunda, como un cowboy del lejano oeste. Se levanta de la silla y camina entre personas que lo abrazan, él devuelve ese gesto. Después se encierra en una habitación con luces de tubo blancas. Jerónimo le dice que sí, entonces Joaquín sabe que tendrá que armar su valija para volar en la mañana.

El sonido es tan agudo que Nahuel pega un grito de dolor. Se masajea la oreja izquierda como queriendo sacarse una basura dañina. Deja el auricular en la mesa y toma nota en la computadora. El accesorio que acaba de probar no está listo para la venta en el mercado. Es un estudio de grabación vidriado y blanco, con aire acondicionado caliente. Aun así está abrigado de más. El pelo en la cara le sirve para resguardarse. Como los animales del Sur argentino, Nahuel se transformó en un bicho habituado al frío. Un compañero le habla en el alemán que le cuesta aprender y Nahuel apenas responde *yes*. Ahora va hacia la cocina para prepararse un café con leche con muchísima espuma. Este primer mundo genera productos publicitarios al alcance de la mano. La cocina de la empresa de sonido York bien podría ser el sector último modelo de una nave espacial. Nahuel toma café y piensa en conexiones eléctricas, en sistemas de prueba y error. En el escritorio de su oficina tiene pegadas dos fotos: una de Futuro, su perro, y otra de Sol, su novia.

«¿Cuáles son las ventajas de ir a trabajar al campo de frutillas? Se consigue trabajo fácil y rápido. Es una buena forma de empezar a

ahorrar. El sueldo está en base al salario mínimo de cada país. Este puede rondar entre los 13 a 14 € la hora, aunque también pueden pagar en euros el kilos de fruta recogida. Por ejemplo, a 0,80 € el kilo de frutillas. El alojamiento es muy barato. Al tener un domicilio fijo, ya pueden obtener el CPR». ¿Qué será el CPR?, se pregunta Julia mientras baja, ansiosa, el cursor del mouse. Es lo único que le falta. Son las siete de la tarde y el cyber café de esta ciudad ruidosa ya se vació. Todavía no conoció a ningún argentino y mañana a las siete de la mañana sale su bus al campo. Una vez en la calle, Julia puede caminar cinco cuadras sin rumbo antes de perderse. A sus pies ve que un grupo de ratas miniatura, entre blancas y grises, comparten el queso que quedó pegado a un pedazo de cartón. Julia regresa a su hotel y deja lista la valija. Se mira al espejo sin anteojos. Si bien lo que vislumbra es un manchón de miopía que le muestra algo de pelo, cara y torso, no puede disimular la tranquilidad. La respiración que entra y sale como debe.

Una masa de gente salta al unísono sobre un césped cubierto por plaquetas de plástico negro. La organización del concierto es eficiente: nadie quiere que el pasto muera para siempre. Es extraño oír «La balada del diablo y la muerte» en tonada mexicana, parece más una canción de Maná que de La Renga. Igualmente Vera no va a dejar que esa idea le arrugue el entusiasmo. Hace demasiado calor en esta ciudad y Vera maldice a su novio Beto que le prometió que en México no se sentía la altura. Le duele la cabeza, tiene ganas de vomitar. Ahora Chizzo dice: «Buenas noches, Guadalajara. Es un honor para nosotros estar acá». Vera sonríe. Está sola y apunada pero igualmente no va a dejar de saltar. Es un instante en que oye los primeros acordes de «En el baldío», entonces empieza a correr hacia adelante. Se saca de encima brazos, torsos, peinados altos. «Las garras de un terrible ser, desplumaban a un ángel en el cielo». Vera llega adelante de todo. Apenas se mueve mover. Los mexicanos pueden ser excesivos pero no le importa. Otra vez los ojos llenos de lágrimas en el estribillo, que se repite hasta el fin como un rezo a diario, por la mañana, por la tarde, por la noche. Vera se deja llevar por la marea de extranjeros y no le preocupa si se la ve triste ni desgarrada. Es acá donde tiene que estar.

El agua tibia es placer hasta que se mete dentro de un oído, entonces Jorge tiene que sacar la cabeza y golpearse con el puño izquierdo sobre la sien hasta dejar totalmente afuera el líquido. Esto le pasa siempre. Es que las cámaras espiraladas de sus oídos son distintas a las de los demás. Ningún médico le dijo esto pero Jorge asegura que es así. Porque aunque sea especialista en obstetricia y traiga criaturas ruidosas

a este mundo, también tiene un conocimiento, aunque básico, de las propiedades otorrinolaringológicas del cuerpo humano. Jorge atiende pacientes desde temprano y cerca de las cuatro de la tarde se toma un descanso en la pileta de natación de un club que queda en el centro de la ciudad, allá en el séptimo piso, por encima de las máquinas del gimnasio, de las salas de aeróbic, de las clases de danza afro. Jorge nada a diario porque el corazón le funciona despacio, a veces hasta es difícil llegar a oír los latidos. Después de cuatro largos crawl, el corazón es una banda de rock ahí adentro, entonces retoma el color en la carne de la cara. Al fin, Jorge sale de la pileta climatizada y se da una ducha de agua tibia. En esos momentos puede lograr no pensar en nada. Esa ducha blanca y desangelada lo tranquiliza. Lo deja en cero.

Son las cinco de la mañana y Manuel tiene los ojos totalmente abiertos. En el cielo hay tres colores, como un postre muy dulce, y algunos bichos lo picaron durante la noche. La terraza está pelada excepto por la reposera que se trajo y una planta de marihuana que riega a diario. Manuel ya lleva escuchados más de tres discos de rock. Son bandas nuevas que están empezando a sonar. Ninguna le gusta demasiado. Por ninguna de estas bandas levantaría una bandera pero el guitarrista o la baterista son sus amigos y cuando los vea algo les dirá: «Me gustó el tercer tema, ¿es tuyo? Quizás podrían arreglarles los bajos. La voz de la cantante no me molesta pero en el tema cinco apenas la escuché». Los amigos y las amigas de Manuel escuchan sus consejos. Confían en su oído. Manuel enciende otra vez su teléfono celular pantalla táctil, modelo 2017. Entra a Twitter, escrolea, entra a Facebook, escrolea, entra a Instagram, cuenta la cantidad de personas que acaban de ver su fotografía con la remera de Boca en la terraza del edificio. Aunque el equipo no ande muy bien le da orgullo sacarse fotos con la camiseta. Es Rita, su novia, quien lo llama cada tanto al teléfono preguntándole cuando va a bajar a dormir, pero Manuel no la atiende o le contesta con un mensaje escrito: «Quedate tranquila, estoy bien. Dormí».

Son las cinco de la mañana de un sábado de fines de diciembre. Pronto se cumplen trece años de Cromañón y Manuel lo sabe porque siempre cuenta los días, porque todos los finales de diciembre duerme o hace que duerme en la terraza. Unas horas antes, unos vecinos bailaron enredados entre sí, entre el humo de un asado ya frío y los gritos que les generó el exceso de vino blanco y fernet. Bailaron y Manuel los miró, atento a todos los detalles. Las mujeres, fuertes de carácter pero sensibles en los brazos, los hombres abrazados y torpes, como haciendo pogo en aquel balcón. Ahora son casi las seis de la mañana y el cielo

tiene un solo color que se unificó. El día llega caluroso y Manuel pone un disco en Spotify, la plataforma novedosa para escuchar todo lo que le venga en gana. Manuel juega con el vello de sus piernas. Con el mismo encendedor que prende un Marlboro tras otro, se enciende los rulitos que se le forman en las rodillas. Le gusta el olor que tira el pelo quemado. Le da placer ese aroma entre dulce y negro que parece una emergencia. No puede creer que con todo lo que haya pasado, el disco que sacó Callejeros en el 2006 le siga pareciendo tan pero tan bueno. «Creo que con una canción la tristeza es más hermosa. Creo que con una palabra puedo decir mil cosas». Cada vez que suena el tema cuatro del disco, en la cabeza de Manuel empiezan a aparecer muchas imágenes de los días que pasaba escuchando la banda, yendo a verla, tratando de conseguir cualquier audio pirata de shows a los que no había podido ir, las calles que caminaba, los colectivos que tomaba y las cervezas que compartía. Los amigos que siguieron y los que no. Manuel bosteza pero no quiere volver al departamento con Rita. Le gusta la intemperie. Pronto empieza la semana. Su carrera de producción musical, su trabajo de luthero, ir a ver a Boca Juniors semana por medio, comprar guitarras, pedales, y más guitarras.

19

CALCOMANÍAS

Manuel y yo desarmamos un beso lleno de saliva. Estamos transpirados, con olor a cocción debajo de los brazos, eso que pasa en las hormonas a los dieciséis años. Yo disfruto nuestra mugre y él dice que podría olerme debajo de la axila durante horas. Falta una hora para que empiece el recital de la banda que vinimos a ver, la que mayor éxito tuvo después de Cromañón, después de Callejeros.

En la esquina del boliche al que entraremos en breve hay un auto chocado. Está estacionado ahí hace tiempo, algunos comentan que les parece haberlo visto. Es una chatarra memorable, con la trompa dada vuelta y la parte de atrás abollada y naranja, de óxido enfermo. Yo comento que es increíble que lo hayan abandonado así después de un choque trágico. Les señalo algo que me llama la atención: en la luneta hay pegadas más de veinte calcomanías. Todas de bandas que nos gustan y escuchamos, letras que sabemos de memoria como un rezo universal. Nos preguntamos quién habrá viajado un tiempo ahí hasta que no. Manuel tiene las uñas largas, intenta arrancar la calcomanía de Los Gardelitos. Le decimos que no. Yo no puedo dejar de mirar: son tantas figuras ahí pegadas, una al lado de la otra, de plástico adhesivo que ya se puso amarillo. Llego a pensar que ese revoltijo todavía tiene vida.

Comemos un pancho y tomamos coca retornable en el maxikiosco de la esquina, pero todavía no hacemos la digestión. Apuramos el proceso con cigarrillos pero no hay caso, el cuerpo decide cuándo.

Entramos.

Hace mucho calor acá. Nos quedamos en musculosa y calzas negras. Llevamos puesta la remera de Callejeros como una camiseta de un club de fútbol del que somos fanáticos, todavía no concientizamos del todo las culpas, la irresponsabilidad. Por las tardes nos reunimos en plazas de Capital para apoyar a Callejeros, repetimos que son «inocentes inocentes inocentes» aunque no sepamos qué es tal cosa.

Una amiga y un amigo se comen las bocas detrás de la columna de este boliche ahora legal, ahora habilitado por el Ministerio de Justicia y Seguridad. Es que a esa edad hacemos eso, estamos todo el tiempo circulando por el cuerpo del otro.

Oímos los primeros acordes. Manuel enloquece. Corre hacia adelante

como un perro suelto, va con la lengua afuera y el pelo lleno de transpiración, saliva y manoseo. Yo me subo a los hombros de mi amigo Chiquito. Es cómodo estar ahí. Chiquito tiene la espalda como una heladera y ahí puedo bailar como en un monoambiente. Mis amigas se suben a los hombros de otros amigos, es una coreografía que conocemos de sobra. La banda sale y dice:

—Buenas noches a todos. ¿Cómo están?

Respondemos que *bien* gritando fuerte.

—Vamos a pedir un minuto de silencio por los compañeros y compañeras de Cromañón.

Entonces ahí estamos, repartidos entre la euforia, la presión alta, y el minuto de silencio que ahora sugieren en todas partes. En la escuela, en los recitales, solos en nuestras casas, en los minutos previos antes de irnos a dormir.

El cantante de la banda cierra los ojos. Sabemos que perdió una novia la noche del 30 de diciembre. Cuando los abre nos vuelve a preguntar cómo estamos. Volvemos a responderle que bien, aunque no sea del todo cierto. Como un autoflagelo o una música que uno se pone para inducir el llanto, esta banda ahora exitosa toca «Ancho de espadas», una canción del Demo de Callejeros —ese que circuló en el año 1998 en cassette y después debido al éxito de ventas, transformaron en cd—. El demo que escribieron, grabaron y tocaron cuando tenían alrededor de diecinueve años.

En los hombros de Chiquito miro a mis amigos. Ahí debajo alzan las manos, se les cubre la cara de lágrimas y a mí también. El lagrimeo huele, es una mezcla entre olor a vapor de ducha y moco. También gritamos.

De algo estoy segura. Esa noche sueño que me asomo a mi balcón. Enfrente, una persona enciende una cañita voladora que en un segundo viene hacia mi nariz y ahí estalla en un ruido sordo y caliente. Sin dolor. Después no me miro al espejo nunca más y está bien, nadie dice nada y yo tampoco pregunto.

A Ivana Romero y María Moreno, maestras «miyagui», por sus lecturas.

A Fernando Pérez Morales, por decir que sí desde el 2014

A Juan Renau, por las respuestas en horas ridículas y por enseñarme a ponerle «play» al Tascam.

A Eugenia Perez Tomas, por prestarme conceptos.

A Rogelio Navarro, por el camarada minuto a minuto

A Clint Buarque, por la certeza sensible en mensajes de voz

A Agustina Muñoz, líder en persuasión acerca de no abandonar este barquito y por el ritmo de sus ideas de rasgos fuertes.

A mis hermanas Natalia Viñes y Tamara Viñes, por los estribillos, los recitales constitutivos y porque siempre la música.

Y quisiera decir gracias como un graffiti eterno a mis amigos y amigas del Normal Nro 1 —o alrededores— y a mis amigos de hoy: porque quisieron, y sobre todo pudieron, poner la voz para que este proyecto empezara a caminar, y porque caminó.

Grupo Planeta

¡Seguinos!